

La liturgia en la vida de la Iglesia como una experiencia comunitaria y no privatizada

Jhon Eduard Olarte Murillo

Universitaria Agustiniana
Facultad de Humanidades, Ciencias Sociales y Educación
Licenciatura en Teología
Bogotá D.C

2019

Liturgia en la vida de la Iglesia como una experiencia comunitaria y no privatizada

Jhon Eduard Olarte Murillo

Director

Pbro. Omar Javier Ojeda

Trabajo de grado para optar al título de licenciatura en Teología

Universitaria Agustiniana

Facultad de Humanidades, Ciencias Sociales y Educación

Licenciatura en Teología

Bogotá D.C

2019

Dedicatoria

Quiero Dedicar este trabajo al esfuerzo de tantas personas que día a día, aun en su silencio aportan para que descubramos que quiere Dios para nosotros.

A mis Padres, familiares y amigos, quienes en su roll no olvidan orar y motivarme para llevar a buen término la invitación que he querido aceptar por parte del Señor.

A mi amada Orden de Agustinos Recoletos, Provincia Nuestra Señora de la Candelaria, quien nunca escatima el fuerzo y el deseo por formarnos a imagen de Cristo Maestro, es aquí donde logré fortalecer mi carácter y mi deseo de entregarme a una familia con una sola alma y un solo corazón, es aquí donde despertó mi amor por la liturgia, al verme envuelto en un misterio tan grande como el de Cristo, el cual se me entrega a diario en la experiencia fraterna y comunitaria.

Agradecimientos

Agradezco en primer lugar a Dios, quien en su infinita misericordia me ha trazado un camino que he querido recorrer en busca de “un premio que no se marchita” (1 Cor. 9,25), porque a lo largo de mi camino de formación no me ha permitido dar un paso atrás, y por el contrario día a día me muestra su rostro para querer perseverar y llegar al éxito.

A todas las personas que han estado presentes a lo largo de mi proceso formativo y académico, mi familia, Mamá, Papá, hermana, abuelos, quienes afrontando las primeras dificultades me permitieron ser ofrenda para la viña del Señor, y quienes siempre han sido constantes en su responsabilidad y motivación por mi fidelidad.

A los religiosos de mi comunidad Agustiniiana quienes disponen todo para que nuestro camino alegre se moldee a Ejemplo de Jesucristo Maestro y descubramos aquí que no hay mayor alegría que ser de Cristo desde la Experiencia Agustino-Recoleta.

A la Universitaria Agustiniiana por su apertura y acogida para mi formación académica, y junto a ella, al padre Omar Ojeda, quien con esfuerzo y paciencia acompañó este trabajo desde el momento que pedí su participación en el mismo.

Pudiera enumerar a muchos que a lo largo de mi formación académica han hecho parte de este proyecto y de mi interés por el misterio litúrgico, pero siendo difícil enunciarlos a todos, en el sagrario los presento.

Resumen

Este escrito, busca descubrir puntos de encuentro entre la Teología de la liturgia y la experiencia comunitaria, abarca puntos fundamentales como la historia de la liturgia y su vida dentro de la Iglesia durante los momentos que a mi parecer fueron muy relevantes dentro de la historia. Para ésta reflexión, he utilizado un método histórico que me ayudara a descubrir los momentos de fractura y de crisis dentro de la vida litúrgica de la Iglesia. Final mente y luego de una larga especulación desde la vida no solo litúrgica y comunitaria, sino también espiritual de la Iglesia he logrado concluir que la gran importancia de la teología litúrgica no se centra meramente en el rito y el misterio (términos que se complementan entre sí), la liturgia va mucho más allá y su plenitud solo es posible descubrirla desde la vida y el ejercicio comunitario. Por ello, es importante reflexionar acerca del impacto que ha de tener la liturgia en la vida de la Iglesia.

Palabras Clave: Liturgia, Iglesia, comunidad, Misterio, Rito, Eclesiología, oración, espiritualidad, eucaristía, sacramento, experiencia

Abstract

This writing seeks to discover points of encounter between the theology of the liturgy and community experience. It covers fundamental points such as the history of the liturgy and its life within the Church during the moments that in my opinion were very relevant in history. For this reflection, I have used a critical historical method that will help me to discover the moments of fracture and crisis within the liturgical life of the Church. Finally, and after a long meditation from the not only liturgical and community life, but also spiritual life of the Church, I have managed to conclude that the great importance of liturgical theology is not merely centered on rite and mystery (terms that complement each other), the liturgy goes much further and its fullness can only be discovered through community life and exercise. Therefore, it is important to reflect on the impact of the liturgy on the Life of the church.

Keywords: Liturgy, Church, Community, Mystery, Rite, Ecclesiology, Prayer, Spirituality, Eucharist, Sacrament, Experience.

Tabla de contenidos

Introducción	9
1. Planteamiento del problema	11
2. Objetivos	13
2.1 Objetivo general	13
2.2 Objetivos específicos	13
3. Capítulo 1. Visión general de liturgia	17
3.1 Uso del concepto de Liturgia.....	17
3.1.1 La Liturgia en la tradición apostólica.....	22
3.1.2 La liturgia en los siglos II- III.	26
3.1.3 La liturgia en el periodo Patrístico.	28
3.1.4 Didache (Doctrina de los Apóstoles).	28
3.1.5 Testimonio de San Justino.	30
3.1.6 San Ireneo.....	32
3.1.7 Tertuliano, (testimonio de una Iglesia Africana).	33
3.1.8 San Agustín de Hipona.....	34
3.2 Perspectiva litúrgica	37
4. Capítulo 2. La liturgia y el magisterio de la Iglesia	40
4.1 Unidad litúrgica en occidente	40
4.2 Trento, un recorrido hacia el movimiento litúrgico.....	42
4.3 El movimiento litúrgico en el barroco	45
4.4 El movimiento litúrgico en la época de la ilustración	46
4.5 la liturgia católica de los siglos XIX y XX.....	46
4.6 De la propuesta litúrgica al Vaticano II.....	48

4.6.1 influencia de la encíclica Mediator Dei del Papa Pio XII promulgada el 20 de noviembre del año 1947, sobre la sagrada liturgia.	48
4.6.2 El espíritu renovador de la liturgia y el Concilio Vaticano II.	52
4.6.3 Clave de lectura, constitución Sacrosanctum Concilium.	53
5. Capítulo 3. La liturgia, Fuente de una experiencia eclesial y no individualizada.....	57
5.1 Hablar de Liturgia hoy.....	57
5.2 La Liturgia, misterio salvífico	61
5.3 La Liturgia como experiencia comunitaria.....	63
5.3 La Liturgia, un solo corazón en la Iglesia	66
5.4 La Crisis Litúrgica del siglo XXI	67
5.5 La acción litúrgica, una celebración eclesial	70
5.6 La Importancia del Misterio	74
Conclusiones	76
Referencias.....	80
Anexos.....	82

Introducción

Una de las grandes líneas de reflexión que señaló el Concilio Vaticano II, y que plasmó de manera universal, fue la reforma litúrgica, reforma con la que se pretendió cambiar la mentalidad tal vez clericalizada de las diferentes celebraciones y permitir que el pueblo se hiciera participe de manera más contundente con la obra de la salvación prolongada a través de la liturgia por medio de la Iglesia sacramento de Cristo. La Iglesia al hablar de liturgia, quiere demostrar en ella una acción privilegiada que busca acrecentar la vida cristiana de los fieles adaptándose a las necesidades de nuestro tiempo, promoviendo aquello que logre unir a todos los creyentes en Cristo.

Luego de un gran recorrido desde la promulgación de la Iglesia de los documentos conciliares, pareciera que nos hemos estancado en la comprensión empobrecida de la liturgia como un simple acto ritual cargado de simbolismo. Debemos dar pasos gigantes para comprender el sentir de los padres conciliares quienes nos invitan a no mirar de una manera superflua el acto litúrgico, hoy por hoy necesitamos profundizar para hacer de la liturgia una experiencia de vida que una los corazones del pueblo en una sola acción orientada al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. “la Liturgia, por cuyo medio “se ejerce la obra de nuestra Redención”, sobre todo en el divino sacrificio de la Eucaristía, contribuye en sumo grado a que los fieles expresen en su vida, y manifiesten a los demás, el misterio de Cristo y la naturaleza auténtica de la verdadera Iglesia” (SC. 2), la liturgia debe ser comprendida como una realidad humana y divina, cargada de elementos invisibles cuyo objetivo es

Edificar día a día a los que están dentro para ser templo santo en el Señor y morada de Dios en el Espíritu, hasta llegar a la medida de la plenitud de la edad de Cristo, la Liturgia robustece también admirablemente sus fuerzas para predicar a Cristo y presenta así la Iglesia, a los que están fuera, como signo levantado en medio de las naciones, para que, bajo de él, se congreguen en la unidad los hijos de Dios que están dispersos, hasta que haya un solo rebaño y un solo pastor (SC. 2)

A lo largo de este escrito trataré de hacer un recorrido a raves de los años para identificar las diferentes circunstancias que impulsaron la reforma que hoy conocemos; un primer recorrido histórico nos ayudará a descubrir la experiencia de los primeros cristianos en un mundo de improvisación pero que basto para permanecer y perseverar como comunidad de hermanos. Más adelante la Iglesia busco llamar la atención de aquellos pastores que han de ser referentes de Iglesia y comunión para que el pueblo descubra la gran importancia de la liturgia como una experiencia

comunitaria dentro de la Iglesia, es solo allí en la comunidad donde se logra experimentar con mayor fervor una hierofanía, son los ministros los principales agentes del movimiento litúrgico como una oportunidad de vida dentro de la Iglesia; en este recorrido trataremos de descubrir la importancia de la liturgia desde una reflexión teológica que abarque la encarnación y el anuncio kerigmático como fruto y fundamento de lo que la Iglesia vive, cree, anuncia y celebra.

“La historia de la salvación es uno de los focos fundamentales del que hacer litúrgico” (Cf. Restrepo, 2015), pues la liturgia está cimentada en la pascua y se desarrolla en torno a ella. Así queremos que sea entendida, la Pascua de Jesús es el centro de nuestra experiencia cristiana; es desde la Pascua de donde surge la gran predicación Apostólica, es el centro de nuestra fe, y por supuesto es el eje fundamental de la liturgia de la Iglesia porque precisamente es lo que celebramos: el gran acontecimiento pascual de Cristo.

La liturgia debe tener un objetivo claro que cuando lo comprendamos cambiaremos la forma de ver y de pensar, incluso los ministros asumirían el gran sentimiento que debe evocar el presidir en nombre de Cristo, pues la liturgia debe celebrar la vida y cambiar el mundo. Vivir la liturgia, debe implicar tanto personal como comunitariamente un proceso transformador y regenerador desde el triunfo de Jesús en la cruz. Es por ello que la comprensión de la liturgia, ha de suscitar en nosotros un deseo grande de gozo ya que la victoria se manifestó sobre la muerte. Quien celebra la vida, debe contagiar, pues la liturgia no es una experiencia particular sino comunitaria, y es allí donde el sentimiento debe hacerse mutuo, “las acciones litúrgicas son celebraciones de la Iglesia, que es sacramento de unidad” (SC 27).

La liturgia expresa la misión misma de la Iglesia, llevar al hombre al contacto con Dios; es por ello que la liturgia no solo es competencia de sacerdotes, consagrados y ministros participes de las diferentes celebraciones, compete a todo cristiano pues está llamado a manifestar al mundo la presencia del Resucitado a través de la vida comunitaria en una experiencia que hoy continua plasmado en la Iglesia desde aquel hermoso misterio de la Encarnación; ya lo decía su santidad Benedicto XVI “La liturgia cristiana es la liturgia de la promesa realizada en Cristo, pero también es la liturgia de la esperanza, de la peregrinación hacia la transformación del mundo, que tendrá lugar cuando Dios sea todo en todos (cf. 1 Co 15, 28)” (XVI, 2011)

1. Planteamiento del problema

Luego de un arduo recorrido y trabajo, en el que se ha manifestado la necesidad y la urgencia de “acercar los misterios de la vida de Cristo a los fieles a través de las celebraciones litúrgicas, haciéndolas significativas y actuales en el contexto propio de cada región” (Martínez, 2016,Pág. 14). Ya a mediados del Siglo XIX, había comenzado un movimiento litúrgico, el cual quería dar los primeros pasos a una renovación y restauración precisamente de la liturgia, deseando recuperar su carácter “simbólico y celebrativo” (Martínez, 2016,Pág.14)

La Sagrada liturgia, es, por tanto, el culto público que nuestro Redentor rinde al Padre como cabeza de la Iglesia, y es el culto que la sociedad de los fieles rinde a su cabeza y, por medio de ella, al Padre eterno; es, para decirlo en pocas palabras, el culto integral del cuerpo místico de Jesucristo, esto es, de la cabeza y de sus miembros. (Mediator Dei (MD) 29).

No se ha de desconocer que, al hablar de reformas, cambios, revitalización y Por qué no de resucitar el espíritu de la liturgia, pudiera parecernos un ideal muy difícil de alcanzar, pues pareciera que siempre todo se nos quedara escrito y no se levantara de dichas páginas. Pero este parecer puede tornarse errado, ya que han sido muchos los esfuerzos realizados por la Iglesia para que todos como pueblo de Dios nos concienticemos de que las celebraciones que realizamos son mucho más que las prácticas y que allí es donde verdaderamente debe nacer el encuentro con Dios, es allí donde se debe unir el cielo con la tierra, por ello afirma Benedicto XVI:

Estoy convencido de que la crisis eclesial en que nos encontramos hoy depende, en gran parte, del derrumbe de la liturgia que tal vez a llegado a ser concebida incluso como si en ella no importase más si Dios existe y si habla o nos escucha. (XVI, Julio 7 de 2017).

Haciendo un pequeño cónfer, quizá podríamos pensar que los primeros responsables de esta crisis, son quienes están al frente de la cura de almas ya que en muchas celebraciones, “Dios no es el centro, ni tampoco parece hacerse presente dentro de la celebración, sino el ser humano y su deseo de protagonismo” (Fernandez, 2014) y es por ello que muchos se consideran en el derecho y con la total libertad de quitar, añadir, suprimir e incluso hasta innovar en la celebración, desconociendo por completo la gran tradición de la Iglesia, el significado de cada uno de sus ritos y signos, “haciendo de la liturgia un espectáculo, que a veces pierde todo el valor y no transfigura la vida de quien la preside o del pueblo de Dios que participa en ella” (Martínez, 2016,Pág.16).

Al hablar de liturgia, podemos observar que muy poco se ha apreciado la riqueza del Concilio Vaticano II; por ello considero oportuno clarificar algunos aspectos de Liturgia. Partiendo de esta primera premisa, es posible afirmar que muy poco se conoce acerca de la teología litúrgica, desconocemos la magnitud de los aportes que ésta tiene para el culto cristiano, y no apreciamos los aportes litúrgicos tanto del Vaticano II, como del magisterio de la Iglesia a lo largo de la Historia.

“La Liturgia es la cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia y al mismo tiempo la fuente de donde mana toda su fuerza” (SC 10). Como ya lo habíamos afirmado, han pasado ya más de cincuenta años desde la consumación del Concilio Vaticano II, y con el paso de los años, la Iglesia ha tenido que ser testigo fiel de los diferentes cambios que se han ido presentando poco a poco; en este sentido, es como el concilio presenta una Urgencia por acercar a los fieles los misterios de Cristo a través de la liturgia, haciendo de ella una pedagogía actual según el contexto de cada región. La celebración litúrgica no puede quedarse únicamente en un encuentro pedagógico, aunque aquí también cumple un papel fundamental en la formación doctrinal y el culto a participar en las diferentes celebraciones; no se puede quedar simplemente en una oración pública, aunque ésta sea fundamento y escuela de oración, ni a un momento festivo de la comunidad; la liturgia, es presencia y comunicación con ese amor que es Dios mismo, en ella está la realidad de toda mística cristiana.

Luego de haber hecho un corto y muy breve análisis acerca de una posible situación que está pidiendo agritos una revitalización, me surge la pregunta: ¿Qué impacto ha de tener la liturgia en la vida de la iglesia, teniendo en cuenta que “Las acciones litúrgicas no son acciones privadas, sino celebraciones de la Iglesia” (SC 26)?

2. Objetivos

2.1 Objetivo general

Analizar el impacto que tiene la liturgia en la vida de la iglesia, teniendo en cuenta las acciones litúrgicas no son acciones privadas sino celebraciones de la iglesia.

2.2 Objetivos específicos

Presentar algunos aspectos importantes de la Teología de la Liturgia desde sus generalidades, para así iniciar una reflexión desde la primera experiencia cristiana, centrados en los Siglos I, II Y III como panorámica del nacimiento y desarrollo de la liturgia en los inicios de la Iglesia.

Identificar los rasgos característicos del concilio vaticano II y su aporte para la comprensión de la Liturgia como una celebración de la Iglesia, profundizando en los documentos Sacrosanctum Concilium y Mediator Dei.

Proponer una reflexión Teológica, que nos ayude a descubrir la liturgia como una celebración de la Iglesia.

Justificación

Una de las grandes preguntas que me han surgido a lo largo de mi formación y que siempre me ha llamado la atención ha sido el ¿por qué nos da miedo o pereza hablar de liturgia hoy? Detrás de esta pregunta surgen muchas respuestas que quizá parecen tener un argumento que en sí podría estar un tanto equivocado.

Cuando ha surgido el tema de sobre la liturgia siempre hay frases como: la liturgia puede ser flexible, primero lo pastoral, incluso hasta frases que incluyen términos como pereza o aburridor; el gran error que hoy cometemos y la fractura que a diario se puede observar en el campo de la liturgia parte precisamente de que ni siquiera los consagrados han encontrado un verdadero sentido a ésta que es la fuente y cumbre de la Iglesia como nos lo afirma el Vaticano II en su documento Sacrosanctum Concilium numeral 10.

¿en qué se han convertido las conversaciones litúrgicas en la mesa? En criticar cómo elevamos las manos, cómo recitamos oraciones, cómo leyeron, cómo cantaron, cuáles fueron los errores y los inoportunos en la celebración; ¿por qué surge esto? Insisto en que no hemos encontrado el sentido verdadero de la celebración, aun nos quedamos en el rito, en lo superficial, pareciese que lo importante es repetir y repetir oraciones sin sentirlas desde el corazón.

Dónde quedaron los discursos teológicos en el compartir fraterno y cotidiano, por qué no podemos hablar de la liturgia como una hierofanía, como una experiencia comunitaria que hace presente el cielo entre nosotros y que nos une en un solo cuerpo a nuestro creador. La Iglesia a través de su historia, con improvisaciones, experimentos y ejercicios litúrgicos para el pueblo ha querido que la asamblea se haga partícipe del gran misterio de la Iglesia, pero no hemos querido comprenderlo así. Hoy la Iglesia cuenta con una liturgia riquísima en sus signos, en sus ritos y en sus palabras, pero muchos de esos signos no los conocemos ni siquiera nosotros que presidimos las celebraciones litúrgicas y rituales. Se nos adentrado un ritualismo que poco a poco cae en la rutina del siempre se hace así y nos acostumbramos a ello hasta el punto que muchas de las partes de la Eucología misma ya se realiza de memoria.

Uno de los principales retos del Vaticano II, era la reforma de la Liturgia; iniciativa tomada por muchos pontífices, pero que “tomaba forma con Pio XII” (Garrido, 2007). Hasta el siglo XX, la liturgia parecía estar encerrada en las páginas del Misal Romano, la participación de la asamblea

era muy poca, parecía que se dividía en dos celebraciones completamente ajenas, por un lado, el sacerdote con sus ministros quienes comprendían y participaban activamente de la celebración y por otro el pueblo con sus pequeños libros de oraciones viendo que en el altar algo sucedía pero que apenas lograban comprender que estaba pasando allí.

Debemos cambiar la mentalidad de la liturgia como un simple ritualismo, tenemos que comprender y ayudar a otros a ello, que la liturgia va mucho más allá de un simple sentimiento, debe llevarnos a unir los corazones y a ser verdaderamente uno en fe y comunión. La liturgia debe ser una experiencia eclesiológica, así como aquellos primeros cristianos comprendieron que “donde hay dos o tres reunidos en mi nombre, yo estoy en medio de ellos” (Mt. 18,20).

Muchos, sabemos que durante los primeros cuatro siglos la Iglesia no dispuso de libros litúrgicos oficiales, tampoco de estructuras celebrativas establecidas; existía una tradición viva y que era respetada por todas la Iglesia; es gracias a ello que hoy tenemos una gran riqueza. Con la reforma litúrgica, reforma que buscó reconocer el carácter de la celebración que “pertenece a todo el cuerpo de la Iglesia” (SC 26); la Iglesia buscó “adaptar mejor a las necesidades de nuestro tiempo las instituciones que están sujetas a cambio, promover todo aquello que pueda contribuir a la unión de cuantos creen en Jesucristo y fortalecer lo que sirve para invitar a todos los hombres al seno de la Iglesia” (SC 1); se dio gran importancia a la dimensión celebrativa, dando así una concepción renovada de la liturgia y su relación desde el misterio de la pasión y la muerte de Jesucristo hasta la importancia del misterio de la salvación, la liturgia es “la liturgia ejerce la obra de nuestra Redención” (Cf. SC 2); puesto que la liturgia es una acción comunitaria, la reforma buscó resaltar la participación del pueblo santo, evitando su presencia en la celebración como un mero espectador; da un puesto de máxima importancia a la Palabra de Dios: “Por tanto, para procurar la reforma, el progreso y la adaptación de la sagrada Liturgia, hay que fomentar aquel amor suave y vivo hacia la Sagrada Escritura que atestigua la venerable tradición de los ritos, tanto orientales como occidentales” (SC 24); tenemos que cuestionarnos acerca de cuál es el sentimiento que suscita en nosotros la celebración de la Iglesia, nuestra liturgia debe despertar la sensibilidad de la comunidad. Debemos esforzarnos por superar la fractura de la celebración y de la liturgia. Pareciera que el acto litúrgico ha dejado de ser un oasis de tranquilidad, nos olvidamos de que es una fiesta festiva que implica nuestra participación no solo personal sino a su vez comunitaria, es un proceso transformador que evoca el triunfo del crucificado y por eso en la liturgia todos nos

hacemos partícipes de la victoria de Cristo y lo contemplamos reconociendo allí al hombre nuevo recreado por Jesús, primogénito y primicia de la nueva creación.

Debemos abrir la mente y el corazón para dejar de lado la concepción de que la liturgia tan solo es un rito, esa es nuestra meta, es lo que celebramos con gozo y esperanza.

3. Capítulo 1. Visión general de liturgia

3.1 Uso del concepto de liturgia

La palabra liturgia, proviene del griego clásico, de Leitourgía, esta indicaba el origen o el destino de una acción. Se compone de let, laos (pueblo, popular) y érgon, erguein (obra). Si lo tomamos desde este sentido, resaltaremos el culto, la acción del pueblo hacia Dios. Desde una perspectiva cristiana, esta acción, “la promueve Cristo mismo, único sacerdote, y todo el pueblo sacerdotal con él” (Equiza, 2002).

En los inicios del helenismo, este término era utilizado para hacer referencia a los diferentes servicios que prestaban los ciudadanos en beneficio de la comunidad. Años más tarde, con el debilitamiento del sentido democrático en Grecia, vino a emplearse para aquello que tenía que ver con el bien común (servicio militar, agricultura, prestación de los siervos, etc.) ya desde el siglo II antes de Cristo este término fue utilizado también para el servicio de los dioses. En estos cambios primeros que fue teniendo en el mundo griego “la obra de interés común no quedaba a cargo del individuo privado, sino de todos los ciudadanos” (Righetti, Historia de la Liturgia I, 2013, pág. 7).

En la versión de los LXX Leiturgía, hace referencia al culto que realizaban en el tabernáculo los sacerdotes y levitas en nombre del pueblo. Y en algunas ocasiones, designaba el culto espiritual. Es como los LXX introducen entonces los términos Leitourgein y Leitourgía en la sagrada escritura “para indicar el ministerio sagrado que los sacerdotes y los levitas debían desempeñar allí en el tabernáculo en nombre del pueblo” (Righetti, 2013, pág. 8) como lo habíamos indicado antes.

Pensar en adentrarnos a los orígenes de la liturgia, puede llevarnos a descubrir muchas preguntas, quizá más que las repuestas; claro está que, proviniendo el culto cristiano del judaísmo, es allí en el culto judío donde encontraremos sus orígenes. En los comienzos, el pueblo de Israel no tenía templo, el Dios se revelaba en los lugares ubicados a lo largo del camino por el cual peregrinaban a la tierra prometida. Una vez establecido Israel en la tierra prometida, “el rey David centralizó el culto de Israel en Jerusalén” (Pecklers, 2012, pág. 12). Fue allí donde su hijo Salomón levantó el primer templo, el cual fue el centro del culto sacrificial y el símbolo supremo de la presencia de Dios. “El servicio del templo estaba confiado al Sumo sacerdote, a los sacerdotes y a los levitas, e implicaba una compleja rutina de oraciones y sacrificios” (Pecklers, 2012, pág. 13). El lugar del sacrificio era el altar, siendo el sacrificio el acto principal del culto del pueblo. Un

momento fuerte para el pueblo Judío fue la destrucción del Templo, en el año 70 d.C. pues el templo había sido por muchos años un punto de referencia importante, pero junto a ello, la sinagoga también jugó un papel importante, pues tuvo gran influencia no solo en el culto Judío sino también en el culto cristiano “aunque no tenía una forma litúrgica estándar y el servicio sinagogal podía ser realizado por cualquiera de sus miembros varones” (Pecklers, 2012, pág. 14). Era la sinagoga el lugar en el que la asamblea se encontraba para la reunión, la oración en común y la instrucción; probablemente la sinagoga surgió en el año 587 a.C como resultado de la destrucción del Templo “y la sinagoga fue organizada como remplazo para mantener la unidad de fe y de culto de los judíos” (Pecklers, 2012, pág. 14). A diferencia del Templo, la sinagoga ya no era el lugar donde habitaba la divinidad, era una casa donde se reunía la comunidad para la oración y el estudio de la ley, también el lugar de la instrucción y de la iniciación de los conversos. El culto cristiano, heredo del judaísmo los elementos como la alabanza, la acción de gracias y la intercesión, también el itinerario de la oración cotidiana, la lectura de la palabra, el sermón, el concepto del año litúrgico, la pascua y pentecostés, y así junto a ello muchas otras disposiciones rituales.

En el Nuevo testamento, estos términos (liturgia, culto, servicio) tienen un carácter muy particular, ya que lo más importante, lo central, ya no es lo que realiza el hombre sino la obra del Padre en su Hijo, por medio del Espíritu santo; el termino Leitourgía designa los actos del eterno sacerdocio de Cristo, “al servicio del santuario y de la tienda verdadera, erigida por el Señor, no por un hombre”(Hb 8,2) y nos lo confirman los Hechos de los apóstoles con el ejemplo de la predicación de los discípulos: “la gente escuchaba con atención y con un mismo espíritu lo que decía Felipe, porque le oían y veían las señales que realizaba”(Hch 8,6). Desde el sentido mismo que dan los Hechos de los Apóstoles, haciendo referencia al sentido de la celebración comunitaria el termino Liturgia viene a ser un sinónimo de sacrificio “la acción sagrada por excelencia del culto cristiano” (Righetti, 2013, pág. 8). El hombre, al tomar parte en el culto, recibe por la fe la salvación que realiza Dios “y responde uniéndose a la presencia mediadora de Cristo y del Espíritu” (José Antonio Abad & Manuel Garrido, 2007). Retomando entonces, decíamos que en el momento que se adopta el termino Liturgia, este viene a ser un sinónimo de la celebración Eucarística.

Para dar una definición de liturgia obligatoria mente debemos partir del “presupuesto necesario de la mediación sacerdotal de Cristo” (Righetti, 2013, pág. 13). “Nadie se arroga tal dignidad, sino

el llamado por Dios, lo mismo que Aarón. De igual modo, tampoco Cristo se apropió la gloria del Sumo Sacerdocio, sino que la tuvo de quien le dijo: Hijo mío eres tú; yo te he engendrado hoy. Como también dice en otro lugar: tú eres sacerdote para siempre, a semejanza de Melquisedec” (Heb 5, 4-6). Jesucristo como único y sumo sacerdote introdujo el culto perfecto al Padre, el cual culmina en el sacrificio máximo del Calvario. Es así como su cuerpo místico que es la Iglesia mantiene firme y permanente este sacerdocio, el cual ejerce continuamente mediante el acto litúrgico.

El Vaticano II, define la liturgia como “la cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia y al mismo tiempo la fuente de donde mana toda su fuerza” (SC 10) del mismo modo, queriendo definir la liturgia, la carta encíclica *mediator Dei* del Papa Pio XII afirma que la liturgia vendría a ser el culto integral del cuerpo místico de Jesucristo, cabeza y miembros, a Dios.

Para hablar de liturgia, no podemos obviar el presupuesto de Cristo Sacerdote; “el campo propio de la liturgia que demuestra su altísima finalidad, su suprema importancia y su riqueza incomparable en relación con los fieles, está marcado por los actos del sacerdocio de Cristo” (Righetti, 2013, pág. 13) Cristo, elevado en gloria por el Padre actúa de forma permanente y visible en el mundo por mediación de su cuerpo místico que es la Iglesia. Monseñor Mario Righetti, considerado un erudito del siglo XIX en el ámbito de la liturgia católica, en su obra su obra *Historia de la Liturgia*, nos presenta seis aspectos acerca del ministerio instrumental de la Iglesia en la que Cristo mismo actúa por ella y en ella:

- “Con el sacrificio de la misa, en el que se renueva el acto supremo de mediación sacerdotal, la cruz” (Righetti, 2013, pág. 14); este es el misterio de propiciación, y fuente de perdón.
- “con el mensaje Evangélico, que ha llevado sobre la tierra y ha confiado a sus apóstoles para que lo den a conocer a todas las creaturas” (Righetti, 2013, pág. 14); la proclamación del Evangelio se produce precisamente en la liturgia, la cual es presidida de forma invisible en la presencia sacramental de Cristo cabeza.
- “Con la administración de los sacramentos, por cuyo medio Cristo distribuye su gracia como alimento para las almas y les comunica su misma vida” (Righetti, 2013, pág. 14); La Iglesia se manifiesta a través de los siete sacramentos y desde allí invita a sus fieles a entrar en un contacto directo con Cristo.

- “Con sus ejemplos, que presentan el molde sobre el que deben construir los cristianos, en sí mismos el hombre nuevo, configurar la propia conducta, estimular la voluntad y fundar su esperanza eterna” (Righetti, 2013, pág. 14); Esta ruta, es marcada a través del año litúrgico propuesto por la Iglesia, desde allí experimentan los fieles la presencia viva del misterio de Cristo.
- “Con la oración canónica, la Eucología oficial de la Iglesia, confiada especialmente a sus ministros, que asocia y prolonga en el tiempo las sublimes elevaciones de adoración y de amor que Jesús ofrece incesantemente al Padre, con gemidos inefables” (Righetti, 2013, pág. 15); la oración de la Iglesia firma Righetti, es la oración de Cristo.
- “Con los sacramentales, instituidos de diversas formas por la Iglesia. También en ellos, Cristo es el agente principal, porque en función de su origen, *ex opere operantis Ecclesiae*” (Righetti, 2013, pág. 15); es Cristo mismo quien confiere una eficacia superior a toda práctica de la Iglesia.

Siendo Jesús el agente principal de todo acto litúrgico, se hace presente en cada uno de ellos y desde allí, realiza su acción salvífica. “¿En qué sentido Cristo se hace presente y partícipe de las acciones litúrgicas?... se trata, dice Casel, de una presencia misteriosa, que no es solamente moral o sacramental, sino presencia verdadera y objetiva de Cristo, aunque distinta de la gracia que tales actos confieren como fruto a quienes participan en ellos” (cf. Righetti, 2013).

Ya desde los comienzos de la liturgia, se han presentado diferentes conceptos o definiciones de liturgia, inclusive hasta hoy, pero aun no existe una definición que sea aceptada como concepto universal, que sea admitida con unanimidad. Sin embargo, entre muchas de las definiciones que podemos encontrar, si se logra descubrir cierta consonancia con referencia a los elementos propios del estudio litúrgico, a saber:

La presencia de Cristo sacerdote: este, ha de considerarse como un aspecto central y fundamental en todo el campo litúrgico

La acción de la Iglesia y del Espíritu Santo: todas las acciones de Cristo, son actos litúrgicos, ya que el es pontífice de la nueva Alianza, por ello Cristo actúa como sujeto primario del culto cristiano. “la liturgia es una acción cultural unitaria de Cristo y de la Iglesia. Cristo es el sujeto principal y la Iglesia sujeto por apropiación” (José Antonio Abad & Manuel Garrido, 2007). La

Iglesia en Cristo y por Cristo, y viceversa; es aquí donde se realiza entonces la glorificación de Dios y la salvación de los hombres; “Cristo asocia siempre consigo a su amadísima Esposa, la Iglesia” (SC 7) y esta relación es dada en toda acción litúrgica.

La acción del Espíritu Santo, es imposible no reconocerla, ya que la teología nos presenta “la inseparabilidad de la acción de Cristo y del Espíritu Santo y presentan la acción de la persona trinitaria como continuación y remanente de la obra continuada por Cristo” (José Antonio Abad & Manuel Garrido, 2007).

La Historia de salvación continuada y actualizada a través de signos eficaces: Cristo, antes de ser elevado al cielo, encomendó a sus Apóstoles que anunciaran el Reino y la realización de la obra salvadora. “Esa salvación, previamente anunciada y preparada en el AT e iniciada en la Encarnación, tuvo su momento culminante en el misterio pascual” (José Antonio Abad & Manuel Garrido, 2007). Cristo, se entregó al Padre hasta someterse incluso a la muerte, obediencia aceptada por el Padre con la cual se le comunicó a la humanidad la nueva creación, la nueva vida. Así pues, la celebración de la Pascua es el centro del culto cristiano.

La santificación: El numeral siete de la constitución *Sacrosanctum concilium*, nos indica que la liturgia es una realidad que apunta a la salvación de los hombres; junto a este numeral la constitución conciliar nos indica que esta liturgia es inseparable del culto y la santificación.

El culto: el culto, tiene un sentido muy amplio, el cual abarca toda la obra realizada por Cristo. “culto cristiano, en sentido amplio, es esa realidad total que glorifica a Dios y salva a los hombres” (José Antonio Abad & Manuel Garrido, 2007).

Como ya habíamos indicado, no existe hasta ahora unanimidad entre los liturgistas en orden a una definición sobre el concepto de liturgia. La Encíclica, *Mediator Dei*, que abordaremos un poco más adelante no quiso solventar esta cuestión y el Vaticano II, al parecer únicamente quiso dejarla a libre discusión y dar únicamente una descripción de ésta mediante notas características.

“Con razón, pues, se considera la Liturgia como el ejercicio del sacerdocio de Jesucristo. En ella los signos sensibles significan y, cada uno a su manera, realizan la santificación del hombre, y así el Cuerpo Místico de Jesucristo, es decir, la Cabeza y sus miembros, ejerce el culto público íntegro. En consecuencia, toda celebración litúrgica, por ser obra de Cristo sacerdote y de su

Cuerpo, que es la Iglesia, es acción sagrada por excelencia, cuya eficacia, con el mismo título y en el mismo grado, no la iguala ninguna otra acción de la Iglesia”(SC 7).

3.2 Breve recorrido histórico de la liturgia

La Liturgia, se expresa a través del conjunto de formas que la han hecho ver comprometida a lo largo de la historia; este mismo recorrido histórico ha permitido grandes cambios y reformase en la vida litúrgica de la Iglesia, así lo afirma la constitución Sacrosanctum Concilium, un recorrido que ha buscado siempre acercar al pueblo santo a una celebración solemne y comunitaria. “En esta reforma, los textos y los ritos se han de ordenar de manera que expresen con mayor claridad las cosas santas que significan y, en lo posible, el pueblo cristiano pueda comprenderlas fácilmente y participar en ellas por medio de una celebración plena, activa y comunitaria” (SC 21) Es así como a lo largo de la historia, los cambios han marcado un hito en un momento preciso y que han dado vida al conjunto de las celebraciones de la Iglesia.

Vamos a tratar de presentar una panorámica general sobre la liturgia, procurando tocar algunas de las fases más importantes del desarrollo de ésta especialmente de la liturgia en Occidente.

3.1.1 La Liturgia en la tradición apostólica.

Si quisiéramos hablar de la liturgia desde la Sagrada escritura, fundamentalmente desde el Nuevo Testamento, nos enfrentaríamos quizá a grandes dificultades ya que allí es difícil encontrar una presentación sistemática de la liturgia, especialmente de una liturgia apostólica, pero no sería un error arrancar desde allí ya que la Sagrada Escritura está llena de detalles que hacen alusión a las celebraciones de las primeras comunidades cristianas. El termino liturgia, lo encontramos una sola vez en todo el Nuevo testamento, Este trata de indicar el culto ritual, como novedad del culto cristiano.

En este ámbito, y en el marco del judaísmo nace la Iglesia apostólica. “Cristo y sus discípulos participaron en el culto judío y, sin embargo, progresivamente se fueron alejando del mismo” (AUGÉ, 1997, pág. 26). La primera comunidad cristiana, en una relación aun cercana al Antiguo testamento, pero un poco más distante poco a poco se va haciendo consiente de la novedad que implica la experiencia cristiana. Esta toma de conciencia toma mucha más fuerza especialmente en el ámbito cultural hacia el año 70, luego que el emperador Vespasiano encargara a su hijo Tito una revuelta sobre Judea, donde logró Conquistar Jerusalén y destruyó el templo. Aunque esto

generó una gran crisis en el culto y en la vida espiritual del pueblo, más adelante descubrirán que la experiencia religiosa y/o cultural no se enfoca únicamente en el templo (no se da la experiencia por el lugar), sino en la experiencia comunitaria (tema que abordaremos un poco más adelante). La Iglesia, nunca ha negado sus raíces judías, fue desde allí de donde formulo nuevas formas para el culto para lo que más adelante sería la liturgia cristiana.

El Nuevo Testamento poco habla desde el termino Liturgia, pero podemos encontrar allí diferentes sinónimos o alusiones a la misma. “cuando el Nuevo Testamento habla de la celebración litúrgica de la comunidad, usa habitualmente los verbos *juntarse* y *reunirse*” (AUGÉ, 1997, pág. 26) ejemplo de ello:

- “Pues donde dos o tres se reúnen en mi nombre, yo estoy allí en medio de ellos” (Mt 18,20)
- “supongamos que mientras toda la comunidad está reunida y todos hablan en lenguajes misteriosos llega uno que se está iniciando en la fe o bien uno que no cree, ¿no dirá que están locos? En cambio, si entra uno que no cree o uno que se está iniciando en la fe mientras todos profetizan, podrá ser persuadido y examinado por todos... entonces, hermanos, ¿cómo proceder? Que todo sea para edificación si en una reunión comunitaria uno canta, otro enseña, otro tiene una revelación, otro habla un lenguaje misterioso y otro interpreta ese lenguaje” (1 Co 14,23-24.26)
- “cuando terminaron de orar, el lugar en el que estaban reunidos tembló, todos quedaron llenos del Espíritu Santo y anunciaban la Palabra de Dios con valentía” (Hch 4,31)
- “el primer día de la semana nos habíamos reunido para partir el pan. Pablo, que debía salir al día siguiente, les habló y su discurso se prolongó más allá de la media noche. La sala superior, en la que nos habíamos reunido, estaba iluminada con muchas lámparas” (Hch 20,7-8)

Aquí, se puede observar cómo el reunirse en comunidad tiene ya un elemento significativo del servicio litúrgico cristiano. ¿Dónde se reunía la comunidad de Jerusalén? En el templo y allí hacían su oración; tiempo después, la oración y las reuniones en casas particulares poco a poco fueron adquiriendo gran importancia.

En los Hechos de los Apóstoles se descubre cómo los primeros cristianos compartían el pan entorno a la mesa, “Muy unidos, todos los días frecuentaban el Templo y partían el pan en las casas, participando en las comidas con alegría y sencillez de corazón” (Hch 2,46). Este pasaje, en

su contexto nos muestra cómo la Iglesia es una comunidad que se alimenta de la escucha de la enseñanza de los Apóstoles, no se congregan únicamente por la amistad que los une, o por una celebración corriente, se reúnen por que comparten un mismo sentir, un mismo pensar y lo más importante, una misma fe gracias al testimonio de los discípulos de Jesucristo. Esta comunidad, en primer lugar se reunía para oír la Palabra y las enseñanzas de aquellos que día a día veían las obras del Maestro; compartían sus bienes espirituales y materiales gracias a la convicción de haber recibido de Dios su Espíritu y su perdón tal como lo afirma san Pablo en su carta a los Romanos, “así ellos lo decidieron y en cierto sentido se lo debían, pues si los no judíos se beneficiaron de los bienes espirituales de los judíos es justo que les retribuyan con bienes materiales” (Rom 15,27); otro de los aspectos a resaltar de esta primera comunidad, tiene que ver con la fracción del pan, fracción que Pablo llamará la “cena del Señor” (1 Co 11,20) cena que la Iglesia más adelante conocerá por el nombre de Eucaristía. Otro rasgo característico de esta primera comunidad lo descubrimos en el versículo 47 capítulo 2 de los Hechos de los Apóstoles “alababan a Dios y gozaban de la simpatía de todo el pueblo” (Hch 2,47) Lucas nos afirma la importancia que los discípulos daban frente a la comunidad a la oración, rasgo de la comunidad cristiana; esta experiencia llevo a que en la comunidad reinara la alegría don que se manifestaba cada vez que se reunían. “los discípulos, por su parte, quedaron llenos de alegría y del Espíritu Santo” (Hch 13, 52). En particular, la acción comunitaria adquiere gran importancia, especialmente en domingo “celebrada por la comunidad como memoria semanal de la resurrección del Señor” (AUGÉ, 1997, pág. 27); “que, cada domingo, cada uno de ustedes ponga aparte lo que haya logrado ahorrar para que no se hagan colectas precisamente cuando yo vaya” (1 Co 16,2).

Resulta claro que la comunidad apostólica, sin tener unos parámetros propios litúrgicos tiene en sí ya ritos y celebraciones propias que hoy podríamos llamar como Liturgias; se vislumbra la importancia de la reunión comunitaria, donde se desarrolla la oración, la iniciación (bautismo) y la eucaristía, aunque algunos pasajes nos presentan otras celebraciones que podríamos asemejar también a lo que hoy es la práctica de los sacramentos tales como la imposición de manos, unción y bendición de enfermos y la reconciliación de los hombres con Dios. En este espacio de tiempo son importantes para el surgimiento de la comunidad cristiana en el campo litúrgico el mensaje y las obras de Jesús, elementos propios de la enseñanza de los discípulos para su pueblo; el misterio de su muerte y resurrección, eje fundamental para la fe de la comunidad; la presencia de Jesús da

importancia de que la comunidad se hiciera consciente de que Jesús estaba en medio de ellos; y, por último, la acción del Espíritu santo.

El sacerdocio de Jesucristo, realiza una misión que no podemos dejar pasar de largo, ya que esta misión está enfocada a la salvación de los hombres; esta misión se da “mediante un triple misterio: el profético, el litúrgico y el pastoral” (José Antonio Abad & Manuel Garrido, 2007, pág. 35) sin embargo, es interesante descubrir que los dos ministerios tanto el profético como el pastoral están sujetos al ministerio litúrgico, pues es allí donde encuentran su máxima expresión y donde encuentran su eficacia.

El punto culminante del ministerio litúrgico de Jesucristo se dio en la cruz, es allí donde se nos permitió descubrir la máxima muestra del amor del Padre, “nadie tiene amor mayor que el que da su vida por sus amigos” (Jn15,13)

Aquel grupo que comparta con Jesús recordó los gestos y las palabras que simbolizaron toda la vida y la entrega del Maestro; ya decíamos que la liturgia hace referencia al pueblo y a la acción que se ejerce, pero ésta es una acción que el pueblo realiza hacia Dios. En el ámbito cristiano, esta acción “la promueve Cristo mismo, único sacerdote, y todo el pueblo sacerdotal con él” (Equiza J. , 2002, pág. 201); es entonces, una acción que parte de la iniciativa humana y se expresa en adoración, agradecimiento y alabanza; también podríamos pensar en darle un sentido similar desde una perspectiva asimétrica, ya que Dios también toma iniciativa en este campo, y su iniciativa se enfoca a la salvación, “la gratuidad de Dios volcada en este tiempo y lugar sobre los fieles, el misterio de salvación para siempre en Cristo y actualizado hoy en sus signos” (Equiza J. , 2002, pág. 202).

He tratado hasta ahora dar un matiz desde la perspectiva cristiana de la liturgia, y en este pequeño génesis que tratamos de presentar podemos afirmar -como hasta ahora se ha hecho - que la centralidad de la liturgia corresponde a Cristo. Solo Cristo es sacerdote nuevo, que ejerce su función una única vez y para siempre, con su muerte y resurrección expuso el gran santuario de su cuerpo desde donde se une íntimamente con el Padre y nos da vida absoluta. El cristiano, ejerce junto a la persona de Cristo su función de sacerdote “haciendo de su vida y cuerpo su ofrenda y acción de gracias, que resultará siempre agradable a Dios en autentico culto del Espíritu” (Equiza J. , 2002, pág. 202).

En este marco, es importante hacer referencia de la importancia que se daba desde entonces a los signos y símbolos, pues también Jesús recurrió a ellos para mostrar lo más íntimo de su propio ser. La vida y el ministerio de Jesús, estuvo marcada por signos y símbolos que han hecho parte de su historia y cultura. Jesús, participa -de lo que quizá podríamos llamar en términos nuestros- de la liturgia de su pueblo, como lo era la reunión en la sinagoga el sábado, los ritos de la Palabra y de la comida; pero para manifestar su misión, los signos que utilizó y que hacían que se le identificara como profeta estaban relacionados con la imposición de manos, el uso de su saliva, utilizar el barro como instrumento y los exorcismos.

La liturgia como acción del pueblo “necesita símbolos y signos que vayan más allá de la individualidad corporal o del agrupamiento social y que hagan salir fuera la interioridad de todos y de cada uno, el afán de acercarse y tocar el núcleo de la vida, Dios” (Equiza J. , 2002, pág. 203), por más que se escuche la petición por una liturgia un poco más secular, está nunca va a dejar de lado los símbolos y signos; uno de los grandes peligros que puede correr la liturgia actual, es precisamente el deseo de desprenderla de su simbología tan rica y fundamental de toda celebración, no comprendiendo que estos cambios pueden hacer que pierdan cierta relevancia y significación, o simplemente termine como un discurso cualquiera o una presentación más.

La Iglesia inicia y se constituye por la liturgia; “la liturgia es el brote real y concreto, aquí y ahora, de la santidad exclusiva de Dios que en ella alcanza a la Iglesia y al mundo” (Equiza J. , 2002, pág. 204); la liturgia, es el exclamar la acción de gracias desde el asombro y la admiración en todo lugar y tiempo de la vida. Para la Iglesia, la liturgia se ha convertido en el momento culminante del diálogo de la acción de Dios y la respuesta de alabanza, impulsada por el Espíritu, de quienes se sumergen en ella.

3.1.2 La liturgia en los siglos II- III.

En este periodo, podemos encontrar algunos testimonios sobre la liturgia cristiana, entre ellos los padres Apostólicos de cuya época tratamos de abordar anteriormente; pero aún podemos considerar, la Didache, san Ignacio de Antioquia y San Policarpo de Esmirna; junto a ellos, podemos encontrar uno de los testimonios importantes como lo es el del mártir Justino. Es por esta fecha, que se encuentran por primera vez textos litúrgico-atribuidos a Hipólito de Roma, quien, en busca de preservar la tradición, escribe una obra titulada tradición apostólica, escrita aproximadamente en el año 215. Uno de los grandes aportes que deja la obra de Hipólito, será el

ofrecimiento de datos importantes como lo refiere a las distintas celebraciones tales como el Bautismo, la Eucaristía y la colación del ministerio eclesial, pero junto a este gran aporte, vienen a ser también importantes los testimonios de Tertuliano y Cipriano, quienes representan los grandes inicios de la literatura cristiana.

El transcurso de los siglos II y III se camina ya en el paso del evangelio de Cristo de un mundo hebreo-aramaico al mundo helenístico “a través de las lenguas siríaca (aramea) y sobre todo griega (koiné) y latina... En el campo litúrgico, se vive un periodo de improvisación y creatividad” (AUGÉ, 1997, pág. 28). Aunque la liturgia primitiva, permanecía fiel a la tradición, poco a poco fue convirtiéndose en algo universal ya que no se concebía que la tradición apostólica pudiese ser formulada de una manera definitiva. Pero es aquí, en estos dos siglos, donde la Iglesia poco a poco y después de un gran recorrido va adentrándose a un mundo greco-romano y donde las comunidades cristianas se van afirmando poco a poco; sin embargo, a lo largo de un periodo de setenta años (70-140) el desarrollo se nota con gran auge en la vida interna de esta Iglesia primitiva, mucho más que en su configuración externa. El siglo II, nos presenta comunidades cristianas de gran numero, las cuales se han ido extendiendo a lo largo del imperio, haciendo presencia especialmente en las ciudades más importantes como Antioquia, corintio, Roma, Atenas, Éfeso, entre otras, las cuales resaltaban por su gran actividad económica, cultural, política y religiosa.

Encontramos también en esta época relatos muy importantes como lo son los testimonios de algunos padres de la Iglesia (como lo hemos venido diciendo) acerca de aquellas formas culturales de la época en la que se encuentra las primeras comunidades Cristianas; ejemplo de ello, podría ser el testimonio de San Justino quien nos presenta los elementos esenciales para la celebración de la misa, “Lecturas, homilía, oración de los fieles, beso de paz, presentación de ofrendas, Plegaria eucarística Trinitaria, el Amén y la comunión. En la obra de Hipólito aparece el diálogo del prefacio y una Plegaria Eucarística con todos sus elementos, presentada más como modelo que como fórmula fija” (Icergua, 2018).

Testimonio de san Justino:

El día llamado del Sol, se celebra una reunión de todos los que viven en las ciudades o en el campo, y se leen en ella, en la medida en que el tiempo lo permite, los recuerdos de los apóstoles o los escritos de los profetas. Después que el lector ha terminado, el presidente toma la palabra y nos exhorta e invita a imitar estos bellos ejemplos. A continuación, nos levantamos todos

juntos y elevamos nuestras preces. Una vez acabadas, se presenta pan y vino y agua. Y el presidente, según sus fuerzas, (su capacidad) eleva también plegarias y acciones de gracias. Y todo el pueblo aclama diciendo: Amén.

Después viene la distribución y participación, que se hace a cada uno, de los alimentos “eucaristizados”, y también se envía a los ausentes por medio de los diáconos. Los que tienen suficiencia de bienes dan voluntariamente la cantidad que quieren, y lo que se recoge se pone en manos del que preside, para que él lo distribuya en ayuda de los huérfanos, de las viudas, de los que pasan necesidad por enfermedad u otros motivos; también en ayuda de los presos, de los extranjeros que vienen de lejos, y para que socorra, en una palabra, a todos los indigentes.(San Justino). (Icergua, 2018)

Encontramos también otro testimonio, esta vez de Hipólito:

Que los diáconos le presenten la oblación y que él (está hablando del obispo después de una ordenación y que va a celebrar la eucaristía), imponiendo las manos sobre ella con todo el presbiterio, diga dando gracias: “El Señor esté con vosotros” Y contesten todos: “Y con tu espíritu”. “Levantad los corazones”. “Los tenemos levantados hacia el Señor”. “Demos gracias al Señor”. “Es digno y justo” (Hipólito) (Icergua, 2018).

3.1.3 La liturgia en el periodo Patrístico.

Cuando nos ubicamos en los primeros siglos del movimiento litúrgico, que hasta el siglo IX, la liturgia no había sido estudiada con mucho rigor. “los Santos Padres y los escritores eclesiásticos de los primeros siglos se refieren con frecuencia a los ritos y a las particularidades de la liturgia” (Righetti, 2013, pág. 148).

Un pequeño escrito de finales del siglo I, ocupa un importante lugar en el culto de la primitiva Iglesia; la Didache (Doctrina de los doce Apóstoles), este pequeño texto, contiene indicaciones sobre la celebración de los sacramentos y la reunión dominical.

3.1.4 Didache (Doctrina de los Apóstoles).

Siendo este uno de los comentarios más antiguos, “heredado de la comunidad primitiva” (Cuevas, 2015), su autor aun es desconocido, aunque existan muchas hipótesis sobre quien pudo

haberlo escrito, aun no se tiene razón de ello; lo que si pudiéramos decir es que fue escrita entre los años 70 y 90.

La Didache presenta diferentes instrucciones litúrgicas, las cuales se ubican en la segunda parte del texto, sobre el capítulo VII y siguientes, haciendo referencia a las instrucciones sobre el Bautismo, la oración, la Eucaristía, la acción de gracias, la reconciliación, y demás indicaciones de orden celebrativo y disciplinar de esta primera comunidad. Un ejemplo de ello podría ser la instrucción que da acerca de la celebración de la Eucarística, para comprender un poco hacia donde está dirigida su normativa:

En lo concerniente a la eucaristía, dad gracias de esta manera. Al tomar la copa, decid: “Te damos gracias, oh Padre nuestro, por la santa viña de David, tu siervo, que nos ha dado a conocer por Jesús, tu servidor. A ti sea la gloria por los siglos de los siglos.” Y después del partimiento del pan, decid: “¡Padre nuestro! Te damos gracias por la vida y por el conocimiento que nos has revelado por tu siervo, Jesús. ¡A Ti sea la gloria por los siglos de los siglos! De la misma manera que este pan que partimos, estaba esparcido por las altas colinas, y ha sido juntado, te suplicamos, que, de todas las extremidades de la tierra, reúnas a ti Iglesia en tu reino, porque te pertenece la gloria y el poder (que ejerces) por Jesucristo, en los siglos de los siglos” Que nadie coma ni beba de esta eucaristía, sin haber sido antes bautizado en el nombre del Señor; puesto que el mismo dice sobre el particular: “No deis lo santo a los perros...” (Didaché IX, 1-4)

La Didaché es el primer escrito de la época cristiana, que contiene el texto del Padre nuestro, e indica que los fieles cristianos tienen la obligación de rezarlo tres veces al día haciendo referencia a la tradición del rezo de Shemá. También allí se encuentran las preses Eucarísticas (o plegarias) más antiguas que se conocen.

La Didaché, comprende el recuerdo de las palabras y de las acciones de Jesús, pero sus narraciones nos muestran que también implicaba una lectura del antiguo testamento, la cual era proclamada a la luz del cumplimiento de la promesa de Jesucristo; con esto ya encontramos una práctica que realizaba Jesús con sus discípulos en la sinagoga y que más adelante sería continuada por ellos mismos, “los discípulos asistían con perseverancia a la enseñanza de los apóstoles, tenían sus bienes en común, participaban de la fracción del pan y en la oraciones... muy unidos, todos frecuentaban el templo, y partían el pan en las casas...”(Hch 2, 42 ss.). El servicio en la sinagoga, constaba de dos partes: “la primera, incluía la recitación del decálogo, la profesión de fe y una

serie de dieciocho bendiciones” (Borobio, 2006, pág. 64) y la segunda parte de la reunión, se centraba en “la escucha de la Palabra de Dios; comportaba de una primera lectura, la más importante, tomada del pentateuco. La lectura de la Torá. Después venía una lectura más breve de los libros proféticos...la homilía o comentarios sobre los textos escriturísticos leídos era el elemento común e importante del servicio sabático.

3.1.5 Testimonio de San Justino.

Oriundo de Palestina, profesor, escritor; un intelectual, modelo del creyente, en la primera mitad del siglo segundo; Justino, el Filósofo que encontró en Cristo la verdadera sabiduría. Como san Pablo, pudo decir: “nunca me precie de saber cosa alguna, sino a Jesucristo y éste crucificado” (1 Cor. 2,2).

Puso a disposición de sus discípulos su saber y su carisma de enseñanza, organizando catecumenados de preparación para el bautismo y encuentros de no cristianos interesados por el Evangelio.

Han llegado hasta nosotros algunos escritos suyos, en los que nos ha dejado constancia de sus razonamientos para ilustrar y defender la fe; y no menos importantes son las noticias que nos da sobre la vida de la Iglesia y sus celebraciones en aquella Roma pagana.

Confesó la fe en Cristo, derramando su sangre, durante la persecución de Marco Aurelio, hacia el año 175. San Justino, es un ejemplo de una Iglesia que quiere el Diálogo con el mundo, que intenta llevar el evangelio a los hombres de cada tiempo.

Con esta corta biografía, tomada del *Libro de la Sede*, del Secretariado Nacional de Liturgia, editado en el 2002, quiero introducir lo que será un corto apartado de su testimonio acerca de las celebraciones litúrgicas, especialmente la Eucaristía.

San Justino en su Apología, nos presenta grandes datos acerca de la celebración del bautismo y de la Eucaristía, y “nos esboza una primera teología del domingo.” (Miquel, 2013, pág. 18).

En la Apología de Justino, encontramos dos descripciones acerca de la celebración Eucarística, la primera unida a la celebración del bautismo y la segunda que nos presenta un primer acercamiento a su estructura celebrativa. Gabriel Ramis Miquel, nos enseña dicha estructura traducida del latín al español (Miquel, 2013) y nos la presenta de la siguiente manera:

- Reunión (conventus)
- Lectura del comentario de los Apóstoles y también de los escritos de los profetas
- Homilía
- Plegarias (plegarias para los fieles)
- Beso de paz
- Presentación de pan, agua y vino
- Anáfora Eucarística, a la cual todos responden: Amén.
- Comunión distribuida por los Diáconos a los presentes y también a los ausentes
- Colecta de Dinero para los pobres

En el testimonio que se nos Expone de Justino, es claro que se dispone de un texto tomado de la sagrada Escritura, para la lectura y reflexión, pero no existe indicio alguno de un texto existente para el rezo de la anáfora o plegaria eucarística. “El que la preside recita la oración según su capacidad y fuerza” (Miquel, 2013, pág. 21), pero sin dejar de lado el esquema que indica la Apología de san Justino. No podemos negar que esta estructura, es la misma que ha perdurado a lo largo de la historia y el culto de la Iglesia, aunque se ha tenido quizá algunos cambios, se ha permanecido hasta ahora fiel a la presentación que se nos hace en la Didaché y en este texto particular. “Justino dedica su Apología al emperador Antonio Pio (138-161). Con toda probabilidad fue escrita entre los años 148 y 161” (Miquel, 2013, pág. 21).

La importancia de la profundidad litúrgica presentada por san Justino, la podemos ver en su testimonio, específicamente al momento de hablar de la iniciación cristiana, en su apología 1,61 afirma sobre ello:

Cuantos se convencen y tienen fe de que son verdaderas estas cosas que nosotros enseñamos y decimos y prometen poder vivir conforme a ellas, se les instruye ante todo para que oren y pidan, con ayuno, perdón a Dios de sus pecados anteriormente cometidos, y nosotros oramos y ayunamos juntamente con ellos. Luego los conducimos al sitio donde hay agua, y por el mismo modo de regeneración con que nosotros fuimos también regenerados, son regenerados ellos, pues entonces toman en el agua el baño en el nombre de Dios, Padre y Soberano del universo, y de nuestro Salvador Jesucristo y del Espíritu Santo (61, 1-3)... después de así lavado el que ha creído y se ha adherido a nosotros, le llevamos a los que se llaman hermanos, allí donde están reunidos, con el fin de elevar fervorosamente oraciones en común (Did. 65,1) (Borobio, La Celebración de la Iglesia II, 1994, pág. 52)

Podemos ver en este testimonio, la relación íntima entre la enseñanza y el ejercicio ritual, así como la importancia a la referencia trinitaria de la fe. Podríamos afirmar, que san Justino, ya ilumina un poco lo que años después será el catecumenado.

3.1.6 San Ireneo.

A continuación, el primer testimonio no romano durante la expansión de la Iglesia en occidente.

Veamos a continuación la biografía que nos presenta el Libro de la Sede, del Secretariado Nacional de Liturgia, editado en el año 2002:

Ireneo, procedente de Asia menor, en el siglo II, emigró en los años de su juventud al país lejano de las Galias (Francia) y allí se afincó en la colonia griega de Lyon. Pronto sucedió al santo Obispo Potino, como pastor de la comunidad cristiana. En su niñez conoció a otro gran obispo, san Policarpo de Esmirna, discípulo de los Apóstoles. Con emoción recuerda Ireneo su semblante y su catequesis.

Selló con sangre el testimonio de su fe, que nos legó en sus escritos. En ellos sale al paso de las nacientes herejías de aquel tiempo. Su doctrina sobre la valoración del antiguo Testamento a la luz del nuevo; sobre Cristo, nuevo Adán; sobre la Eucaristía, símbolo y prenda de resurrección, es alimento precioso de la fe durante siglos.

Por su celo apostólico y su caridad se cumplió en él la promesa del mismo Dios por boca del profeta Jeremías: “os daré pastores conforme a mi corazón, que os apacienten con ciencia y experiencia”.

Luego de esta corta presentación, situémonos aproximadamente en los años 202-203 fecha posible de su muerte. Ireneo fue elegido obispo mientras estaba en Roma, tras la muerte del Obispo de Lyon a raíz de una persecución contra los cristianos que se desencadenó en Galia. Aunque no son muchos los datos que podemos encontrar acerca de la una Iglesia de los siglos II y III, “existe una Iglesia plenamente consolidada, con la propia jerarquía, y sobre todo con sus mártires, que son los frutos preciosos de una Iglesia.” (Miquel, 2013, pág. 22)

Pero no solo en Galia existe ya una Iglesia consolidada, “Ireneo en su obra *Adversus haereses* nos habla de la Iglesias de la Germania, de Iberia, de los Celtas, de Egipto y de Libia” (Miquel, 2013, pág. 22). Estas Iglesias, también poseían y compartían ya la fe de lo que se predica, las

enseñanzas y todo cuanto en ellas se transmitía. Irineo, también habla de la Iglesias pertenecientes a la península Ibérica, pero afirma que la Iglesia se ha ido extendiendo poco a poco por el centro de la hoy Europa y el nororiente de África.

3.1.7 Tertuliano, (testimonio de una Iglesia Africana).

Apologista cristiano considerado el máximo representante de la literatura cristiana anterior a San Agustín. Los pocos datos acerca de su vida provienen de algunas referencias en su obra y de autores posteriores, por lo que están sometidos aún a debate. Al parecer, su padre era centurión, y Tertuliano recibió una esmerada educación en derecho, filosofía y retórica. Vivió un tiempo en Roma, donde probablemente ejerció como abogado, y se interesó por el cristianismo, aunque su conversión tuvo lugar a su regreso a Cartago, alrededor del 190. A partir de este momento desplegó una notable actividad polémica contra los paganos y los herejes y en defensa del cristianismo a través de numerosos escritos. Tertuliano se convirtió en una figura destacada en la Iglesia del norte de África, aunque es dudoso que llegara a ser ordenado sacerdote. En sus escritos elaboró una prosa latina original y desarrolló el vocabulario que más tarde utilizaría el pensamiento cristiano. (Biografías y Vidas, 2018)

El testimonio de Tertuliano, permite conocer una Iglesia muy bien estructurada y con un excelente desarrollo; su testimonio, lo podemos ubicar en los últimos años del siglo II e inicios del siglo III. “según san Jerónimo, murió, ya muy mayor, en torno a los años 240-250” (Miquel, 2013, pág. 23).

Al presentarnos las diferentes naciones donde se ha ido consolidando la Iglesia, Tertuliano inicia hablando de los Gétulos (país del África antigua, al sur de Numidia) quienes ocupaban el occidente de las provincias romanas de África, pero también nos habla de los Bereberes. Tertuliano, nos habla de una Iglesia formada en la península Ibérica; y la Gran Bretaña. Nos presenta un marco geográfico de gran amplitud: Dacores, Danubio, montes Cárpatos y termina citando al pueblo Germano y la región Escita.

Gracias a Dionisio Borobio, encontramos una de las traducciones acerca del importante testimonio de Tertuliano en su obra “De Baptismo” el cual puede considerarse como un tratado de doctrina, pero a su vez una explicación de todo el desarrollo ritual de la iniciación cristiana. El tratado de Tertuliano desea responder a una herejía que surgía en dicha época la cual pretendía destruir el bautismo.

Al Igual que Justino, Tertuliano en su descripción incluye la invocación al Espíritu Santo y cómo éste desciende del seno del Padre sobre los hombres purificados

“es entonces cuando desciende gustosamente desde el seno del Padre sobre los cuerpos purificados y bendecidos: reposa sobre las aguas del bautismo como si reconociera en ellas su antiguo trono (referencia al Génesis)” (Borobio, La Celebracion de la Iglesia II, 1994, pág. 54).

3.1.8 San Agustín de Hipona.

A pesar de que san Agustín es un hombre con una pluma impresionante, a diferencia de otros escritores de los primeros siglos, no se dedicó a escribir mucho sobre los principios del culto cristiano y tampoco una descripción detallada de los ritos esenciales de la liturgia. Algunas ideas acerca de la liturgia cristiana las podemos descubrir en algunas pequeñas alusiones hechas en escritos muy ocasionales como sermones y algunas cartas con las que intenta dar respuesta a preguntas realizadas para conocer su opinión, pero es bueno aclarar que las alusiones que se encuentran, no son muy claras ya que no tratan directamente sobre la liturgia, este, inconveniente dirá Fitzgerald, “es indudablemente, un obstáculo no pequeño para el estudio del pensamiento de Agustín sobre la liturgia y para una valoración precisa de la contribución considerable que él hizo Para una comprensión teológica de la celebración del misterio cristiano y para la organización concreta de la vida litúrgica” (Fitzgerald, 2001, pág. 369).

En el pensamiento agustiniano, la liturgia puede observarse como una clase de culto que cambia toda la perspectiva de los diferentes rituales del paganismo, y en diversos grupos heréticos. San Agustín en su obra De Civitates Dei describe el culto cristiano como un servicio dirigido hacia Dios

A falta de un término equivalente, podemos traducirla por culto de Dios (Dei Cultus).

Lo que se expresa por medio de estas palabras es el culto que afirmamos que se debe tributar únicamente a Él, que es el Dios verdadero, y que transforma en dioses a quienes le adoran (Civ. Dei. 1.3)

Para san Agustín, aquello que distingue la liturgia cristiana de todas las otras prácticas rituales “es la naturaleza especial de los sacramenta de la nueva religión en los que halla expresión la justicia que se deriva de la fe y de la libertad de los hijos de Dios.” (Fitzgerald, 2001, pág. 371). Desde san Agustín, hablar de sacramenta o sacramentum, comprende una gran variedad de

significados que van mucho más allá de que este término tiene en el aspecto litúrgico, concepción que tampoco corresponde a la comprensión de los siete sacramentos. El término sacramentum es empleado por san Agustín para hacer referencia a realidades culturales tales como el bautismo y la Eucaristía, y junto a ello a las fiestas celebradas durante el ciclo del año litúrgico. Este término aparte de ser empleado para describir las diferentes acciones rituales, como lo era el descalzarse, recitar la oración del Señor, inclinar la cabeza, etc. También se refiere a las parábolas, a las figuras bíblicas, a la comprensión de la diferente simbología descubierta en la sagrada escritura.

Basados en la comprensión que tiene san Agustín de la naturaleza sacramental, ésta se fundamenta en el sacrificio de Cristo; Cristo como mediador entre Dios y la humanidad, por tanto, Cristo es el sumo sacerdote que se ofrece como víctima universal en sacrificio; este sacrificio ofrecido por la Iglesia es el símbolo sacramental de Cristo, verdadero sacrificio. San Agustín comprende que la Iglesia es sacramento de Cristo, y se ofrece ella misma en el altar, “todos somos un cuerpo en Cristo” (Civ. Dei 10.6) y añade:

Por eso el verdadero Mediador, que al tomar la forma de esclavo fue hecho Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, bajo la forma de Dios, acepta el sacrificio con el Padre, con el cual es un solo Dios; pero bajo la forma de esclavo prefirió ser sacrificio a aceptarlo, a fin de que nadie tomara ocasión de esto para sacrificar a cualquier criatura. Por eso Él es el sacerdote, Él es quien ofrece y es también la oblación (Civ. Dei 10.20)

Desde el pensamiento agustiniano, la Iglesia es la comunidad de aquellos que, por medio de la fe, reconocen los signos sacramentales y los hacen vida. Aquí, juegan un papel importantísimo los sacramentos, ya que son estos quienes dan dinamismo y un orden a la edificación de la comunidad.

San Agustín hace la distinción de dos formas de uso litúrgico; por un lado, los sacramenta, “aquellos que la Iglesia practica universaliter y aquellos que, por el contrario son observados partiliter, es decir no de la misma manera en todas partes” (Fitzgerald, 2001, pág. 374) las practicas universales, se distinguen por estar consignados en las Escrituras, como lo son el Bautismo y la Eucaristía, y aquellos que se conservan por la tradición oral de los apóstoles y los concilios universales.

San Agustín advierte de un posible problema a la hora de observar las diferentes formas de comprender la liturgia; una de las principales preocupaciones del obispo de Hipona, parte de las

diferentes prácticas de las iglesias locales, prácticas que varían dependiendo la región y la cultura. Porque esto le preocupaba a Agustín, básicamente porque se abría la posibilidad a una división que fracturara la paz de la Iglesia y perjudicara la fe de los más jóvenes en ella. Al enfrentarse a las diferentes herejías de su época, san Agustín busca que aquellas prácticas litúrgicas que aportan al crecimiento de la fe y la vida espiritual, sean respetadas y se mantengan firmes para lograr que, en el culto cristiano, la Iglesia se entregue como verdadero sacramento sin desvirtuar la importancia sacramental que tiene esta al ser cuerpo místico de Cristo.

Quizá uno de los cortos testimonios que tenemos de Agustín desde el ámbito de la liturgia, es acerca del año litúrgico, en el cual hace referencia a distintas celebraciones no solo de la pascua, sino que allí también resalta la navidad y la epifanía:

- Natalicio de Esteban

Ayer celebramos el nacimiento del Señor; celebramos hoy el de su siervo; pero, al celebrar el nacimiento del Señor, celebramos el día en que se dignó nacer, mientras que, al celebrar el nacimiento del siervo, celebramos el día en que fue coronado. Hemos celebrado el nacimiento del Señor en el que recibió el vestido de nuestra carne; celebramos el nacimiento del siervo en el que se despojó del vestido de su carne. Hemos celebrado el nacimiento del Señor, por el cual se hizo semejante a nosotros; celebramos el nacimiento del siervo, por el cual se hizo prójimo de Cristo. (S. 314.1)

- Navidad

Un año más ha brillado para nosotros -y hemos de celebrarlo hoy- el nacimiento de nuestro Señor Jesucristo, gracias al cual la Verdad ha brotado de la tierra¹ y el Día del Día ha venido a nuestro día. Alegrémonos y regocijémonos en él” (S. 184.1)

- *Epifanía*

Hemos celebrado hace pocos días el nacimiento del Señor; hoy celebramos su epifanía. Es éste un término griego que significa «manifestación» y hace relación a lo que dice el Apóstol: Sin duda es grande el misterio de la piedad que se ha manifestado en la carne (S. 204.1)

- Pascua

¡Qué intensa será aquella felicidad, donde no habrá mal alguno, donde no faltará ningún bien, donde toda ocupación será alabar a Dios, que será el todo para todos! No sé qué otra cosa se puede hacer allí,

donde ni por pereza cesará la actividad ni se trabajará por necesidad. Esto nos recuerda también el salmo donde se lee o se oye: Dichosos los que viven en tu casa alabándote siempre (Civ. Dei 22.30.1)

Para san Agustín, la esencia del culto cristiano, se basa en la comunicación que Dios se permite con el hombre; “Tu oración es una comunicación con Dios. Cuando lees, Dios te habla; cuando oras, tú hablas a Dios.” (Ep. Ps. 85.7)

3.2 Perspectiva litúrgica

En esta amplia presentación que hace Tertuliano acerca de allí donde la Iglesia ya comenzaba a hacer presencia, “El mismo hace notar que estas regiones no están todavía sujetas al imperio Romano, y ya lo están a Cristo” (Miquel, 2013, pág. 23)

El inicio de la Iglesia en estos primeros siglos está marcado por la iniciativa de la Evangelización de occidente, pues podemos observar cómo se fundan las iglesias y la misma vida eclesial va tomando forma. Es así como para el siglo III, la Iglesia ya está estructurada, con una gran organización y un desarrollo en occidente.

Podemos descubrir ya en estos siglos y en estas Iglesias, una vida litúrgica y sacramental, quizá no con los ritos y estructuras que conocemos hoy pero sí una serie de celebraciones y ritos propios de la época y los inicios de la vida de la Iglesia. Es difícil, llegar a conocer cuáles eran las fórmulas litúrgicas que se utilizaban en estas Iglesias, pero el Nuevo Testamento si nos presenta algunas formas utilizadas, por ejemplo: “que cada uno se bautice en el nombre de Jesús, el Mesías, para que se le perdonen sus pecados, y así recibirán el don del Espíritu Santo” (Hch 2,38); también en el nombre de la trinidad: “vayan, pues, y hagan discípulos a todos los pueblos: bautícenlos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo” (Mt 28,19).

Las Iglesias de Roma y África, son el auge del desarrollo Litúrgico entre los siglos II y III; en la Iglesia de Roma, no podemos dejar de lado el testimonio de Justino, quien “describe la estructura de la celebración de la Eucaristía, estructura básica que han seguido todas las liturgias” (Miquel, 2013, pág. 30)

El día que se llama del sol [el domingo], se celebra una reunión de todos los que viven en las ciudades o en los campos, y se leen los recuerdos de los Apóstoles o los escritos de los profetas, mientras hay tiempo. Cuando el lector termina, el que hace cabeza nos exhorta con su palabra y nos invita a imitar aquellos ejemplos. Después nos levantamos todos a una, y elevamos nuestras oraciones. Al terminarlas,

se ofrece el pan y el vino con agua como ya dijimos, y el que preside, según sus fuerzas, también eleva sus preces y acciones de gracias, y todo el pueblo exclama: Amén. Entonces viene la distribución y participación de los alimentos consagrados por la acción de gracias y su envío a los ausentes por medio de los diáconos. Los que tienen y quieren, dan libremente lo que les parece bien (SCRIB, 2019)

Y junto a esta descripción, nos presenta la celebración del bautismo y su preparación. “El Testimonio de la iglesia de África es extraordinario” (Miquel, 2013, pág. 30), pues es a través de éste y gracias a Tertuliano que se posee hoy alguna información sobre la actividad y la vida litúrgica de esta Iglesia africana. Es gracias a Tertuliano que hoy se conoce “la celebración de todos los sacramentos, del oficio divino, del año litúrgico, de los sufragios por los difuntos, etc.” (Miquel, 2013, pág. 30). Lamentablemente, junto a esta exposición detallada de la liturgia y el culto cristiano, no tenemos hoy un texto litúrgico, ni tampoco escritos que nos indiquen aquellos textos Sagrados que eran proclamados aun cuando sabemos que era proclamada la sagrada Escritura y que el presidente de la celebración entonaba algunas oraciones. Justino por ejemplo habla de la elevación de la plegaria a Dios por parte de quien preside, y Tertuliano habla de la bendición del agua para el bautismo.

San Justino, no se queda únicamente en la referencia a la elevación, más aun, nos habla de su teología:

(C. 66) éste alimento se llama entre nosotros Eucaristía... La ofrenda de la flor de harina, señores, que se mandaba ofrecer por los que de purificaban de la lepra, eran figura del pan de la eucaristía que N.S.J. Cristo mando ofrecer en memoria de la pasión (eis anamnesim tou pathous) (Borobio, 1994, pág. 263)

Quizá quisiéramos que los testimonios de esta época nos pudieran ofrecer información un tanto exacta y más profunda acerca del desarrollo y la práctica litúrgica de las primeras comunidades cristianas, pero no podemos obviar el hecho de que, aunque suene un poco tosco, estamos frente a una Iglesia que se encuentra en un período de improvisación. La tradición Apostólica, nos presenta algunas fórmulas eucológicas, no como textos institucionalizados, sino mejor aún como modelos a seguir a través de los cuales hoy está estructurada la Eucología de la liturgia misma. Continuando por esta línea, durante el siglo tercero, con san Cipriano descubrimos la importancia del oficio divino y su teología, pero este testimonio al Igual que los que hemos tratado de relatar anteriormente no nos presentan una estructura como tal, ni la manera exacta de celebrarlo, sin

embargo, nos marca una pauta para poder orientarlo. La Liturgia en los primeros siglos de la Iglesia, puede tener muchas lagunas históricas y demás, “no tenemos todos los eslabones de la cadena, y querer buscar el eslabón perdido, hoy por hoy es una tarea casi inútil” (Miquel, 2013, pág. 31). Podríamos afirmar entonces que muchas preguntas para la liturgia de los tres primeros Siglos, estarían sin respuestas; aunque no podemos negar que los datos de los siglos segundo y tercero, nos aportan algunos datos importantes en estas Iglesias de occidente, porque de alguna u otra manera “en estas Iglesias nacieron y se desarrollan nuestras liturgias occidentales.” (Miquel, 2013, pág. 31).

4. Capítulo 2. La liturgia y el magisterio de la Iglesia

Hemos hecho hasta ahora un breve recorrido por el movimiento litúrgico de los primeros tres siglos de la Iglesia, en los cuales observamos una Iglesia primitiva que con el tiempo crece y camina en el culto y la tradición cristiana; hablábamos que la iglesia de los primeros siglos se encuentra en un periodo experimental o de improvisación (si es posible llamarlo así) y cuando decimos que está en un momento de improvisación, hago referencia a las diferentes dificultades o situaciones que se presentaban a raíz de la experiencia fundante en la primera comunidad cristiana.

Vamos a dar un salto de más de diez siglos para ubicarnos en puntos clave y estratégicos del movimiento litúrgico en la Iglesia, trataremos de abordar la liturgia desde Trento hasta el Vaticano II; cabe aclarar que siendo este un campo tan amplio, profundizaremos en los focos más importantes del acontecimiento litúrgico y celebrativo del cristianismo católico. Si los tres primeros siglos de la Iglesia eran un momento de improvisación, hoy más de dieciocho siglos después no podemos conservar el mismo discurso, tenemos una Iglesia estructurada y con una reforma profunda no solo en la vida litúrgica y celebrativa, sino también espiritual.

4.1 Unidad litúrgica en occidente

Cuando resaltamos en un primer momento algunos apuntes relevantes de la historia de la Iglesia, especialmente en el ámbito litúrgico en los primeros siglos de la Iglesia, partíamos de una interpretación en la que afirmábamos que la Iglesia se encontraba entonces en un periodo de improvisación, donde los ritos estaban basados en esquemas provenientes del judaísmo y donde la comunidad protagonizaba la celebración, iniciaría una reforma litúrgica en los inicios del siglo XI por iniciativa del Papa Gregorio VII (1073-1085).

Es con el Papa Gregorio VII que Roma da inicio a una consolidación a la vida litúrgica de la Iglesia. “la reforma llevada a cabo por Gregorio VII tiene como fondo la voluntad de moralizar el clero” (Augé, 1997, pág. 38). Con esto, el Papa quiere resaltar a los presbíteros la importancia del ministro de la celebración, pues llama la atención de una liturgia en la cual se vislumbre un interés muy especial por ella especialmente por parte del ministro; la liturgia debe observarse con toda dignidad, decoro y coherencia para así restituir la imagen que poco a poco se estaba perdiendo.

El Papa, durante su pontificado hace una toma de conciencia con la cual da paso a una centralización para así garantizar la unidad de una Iglesia universal (de las Iglesias entorno a

Roma), este es el gran aporte de la tan escuchada reforma Gregoriana, la cual abriría caminos para la que años más tarde sería la gran reforma litúrgica que hoy conocemos por el Concilio Vaticano II. “los ideales de la unidad litúrgica de Occidente, acariciados por Gregorio VII, toman consistencia en los siglos siguientes por obra de otros papas” (Augé, 1997, pág. 38).

La liturgia de la capilla papal fue la primera a la que los sucesores del papa Gregorio VII dieron gran importancia, y fue desde allí donde se dieron los primeros pasos para impulsar una liturgia unificada y renovada para la vida misma de la Iglesia. El papa Inocencio III, quien asumió su pontificado entre los años 1198 y 1216, realizó uno de los grandes aportes para la reforma que se encontraba en boga, pues fue este sucesor de Pedro quien inició “la reforma de los libros litúrgicos” (Augé, 1997, pág. 39); esta reforma en los libros, refiere al uso anterior de ellos, en el cual cada ministro tenía su propio subsidio y allí llevaba la parte que le correspondía dentro de la celebración tanto Eucarística como en el oficio.

En este breve sobrevuelo, situémonos en la época de la edad media, entre los años 1311 - 1312 y 1414 - 1418, donde se llevarán a cabo los concilios ecuménicos de Vienne (Francia) y Constanza, allí se enmarcaba un reclamo por parte de los conciliares, pues era notoria la decadencia de la vida espiritual y litúrgica de la Iglesia; quizá uno de los antecedentes para que se diera esta situación, podríamos ubicarlo entre los años 1309 y 1377 en el famoso exilio de Aviñón, y junto a ello el cisma de occidente (1378-1417), aunque estas divisiones, fue considerada para algunos como algo providencial, tanto entre la jerarquía de la Iglesia como entre los laicos, era notoria la caída en una vida mundana por parte de la Iglesia y entre los fieles parecía que poco a poco se malinterpretaba la piedad popular donde se descubría un mecanismo de huida o refugio por parte de los laicos. La piedad popular que se despertaba poco a poco “revela una particular intensidad de sentimientos, un creciente intimismo, un máximo de *pathos*” (Augé, 1997, pág. 40), esta situación parecía desviar la comprensión teológico litúrgica de lo objetivo a una comprensión subjetiva, se daba importancia al repetir ritos, uno de tras de otro donde el arte de la liturgia se veía desvirtuado por la necesidad de celebrar y celebrar a veces por un impulso sentimentalista más que de sentido.

Esto impulsó a replantear la forma de instruir la misma piedad popular y la comprensión misma de la liturgia no sólo por parte del presbiterio sino también de los fieles. La propuesta de estos dos concilios logra enfocar una nueva comprensión de esa piedad en dirección hacia la persona de Jesucristo, “una piedad más realista, más atenta de los detalles históricos de la vida de Jesús, más

humana, de tono más intimista” (Augé, 1997, pág. 40). Esto mismo también lleva a replantear la comprensión de la piedad mariana y el culto a los santos tanto así que es allí en este auge del siglo XIII donde la piedad popular toma su autonomía permitiendo a la acción sagrada y litúrgica centrar su propósito y tarea.

4.2 Trento, un recorrido hacia el movimiento litúrgico

El concilio de Trento se desarrolló entre los años 1545 y 1563, fue un encuentro muy importante, ya que buscó dar respuesta a un difícil medioevo y posteriormente pasar a la edad moderna. Este concilio, se dio cita para discutir temas fundamentales de sobre la religión, como una respuesta planteada hacia la reforma protestante y junto a ello afrontar la crisis por la que pasaba la Iglesia en el siglo XVI. Entre los acuerdos de este concilio, se ratificó la creencia de la fe cristiana contenida en el credo, se abrazó la practica apostólica y la sagrada escritura como fuentes de testimonio, se ratificó el valor de la fe y las obras de misericordia, se reafirmó la creencia de la eucaristía como un sacrificio expiatorio donde la Sangre y el Cuerpo de nuestro Señor se representan bajo las especies del pan y el vino, se propone una reforma del clero, entre muchos más acuerdos que buscaban dar respuesta a la difícil situación de esta iglesia del medioevo.

Si en el siglo XIII una de las grandes metas propuestas por la iglesia y la reforma Litúrgica que a gritos pedía atención, el siglo XV también se verá marcado por un acontecimiento de suma importancia, pues es en este siglo donde se presta mayor atención a esta necesidad y se hace hincapié en esa reforma no sólo desde el campo litúrgico sino también espiritual que exigía, y era imprescindible la Iglesia.

Presentábamos los siglos XIII como el siglo fuerte de la piedad popular, y es precisamente el siglo XIV quien introduce la práctica de la devotio moderna, donde era característica la práctica ascética, la oración y la meditación en la vida de Cristo, un claro ejemplo lo podemos hallar en la obra *Imitación de Cristo* de Tomás de Kempis, donde se descubre la importancia de una renovación espiritual desde diferentes sectores y formas de devoción, no solo en el marco de la celebración litúrgica.

Cada impulso renovador ha sido iniciativa a causa de una crisis eclesial, y esta no era una crisis cualquiera, aquí no se podía esperar a que surgieran reflexiones y propuestas cortas que subsanaran los diferentes acontecimientos en la vida de la Iglesia, estamos hablando de una crisis que mueve

las fibras más profundas de la teología aplicada tal como lo es la liturgia; esta crisis exigía rápidamente una iniciativa que en primer lugar descubriera el caballo de Troya por el cual había entrado a la iglesia un movimiento que aunque no era negativo si estaba desvirtuando la tan importante acción litúrgica. Pero esta reforma no solo necesitaba cambiar la estructura de las celebraciones y las diferentes prácticas ascéticas, aquí era fundamental romper estructuras que se fueron formando con un carácter un tanto desfigurado de tal manera que la reforma tenía que mover fibras estructurales desde la cabeza hasta sus miembros. “en tal contexto, los reformadores protestantes pudieron vincular sus graves acusaciones con la petición de cambios fundamentales y de este modo encontrar amplia disponibilidad y consenso” (Augé, 1997, pág. 41). En conclusión, la liturgia romana se vio acusada tanto desde el punto de vista teológico como práctico.

Luego de propuestas, dificultades y toma de conciencia del mal momento por el que la vida litúrgica de la Iglesia estaba pasando, debido a cuestionamientos producidos por la reforma protestante en el ámbito eclesial, cuestiones que impulsan a convocar el concilio de Trento, logra - aunque ya en sesiones últimas – plantar propiamente la necesidad de una reforma en el campo litúrgico.

Después del trabajo de las comisiones correspondientes, en la sesión XXII del concilio (17 septiembre 1562) se aprobaron tanto el decreto dogmático “Doctrina y cánones sobre el santísimo sacrificio de la misa”, cuanto dos decretos disciplinares, el más importante de los cuales es “Decreto sobre lo que hay que hay que observar y evitar en la celebración de la misa” (Augé, 1997, pág. 41)

El concilio, definió el carácter sacrificial de la celebración Eucarística y su valor propiciatorio para vivos y difuntos. Legitimó la celebración del sacrificio en ausencia del pueblo en el cual únicamente participa de la comunión el presidente, y por último “declaró el canon de la misa inmune de errores” (Augé, 1997, pág. 41). El decreto disciplinar, quiso poner un alto a las diferentes irregularidades que se presentaban a lo largo de toda celebración, condenando así acciones irrespetuosas, delimito el uso del canto y la música dentro de la celebración, direccionó a los sacerdotes en el uso correcto de las oraciones y ritos dentro de cada celebración ya que esto parecía realizarse de forma arbitraria y enfatizaba la condena sobre aquellas celebraciones de uso o disposición supersticiosa. Es aquí, en Trento donde asumen como obligación los obispos el velar por el uso correcto de la liturgia dentro de la Iglesia y siendo ellos líderes y maestros de liturgia en cada una de sus sedes particulares serían los primeros en impedir cualquier abuso no solo en la

práctica de la liturgia y la enseñanza, sino también en el manejo de los estipendios, uno de los detonantes para la reforma. La liturgia, presentaba una serie de crisis, por ello el concilio hace un llamado de atención donde busca volver a la forma original o genuina de la liturgia, eliminando los añadidos que se fueron adhiriendo poco a poco a las celebraciones.

Fue con el Papa Pio V que aparece el breviario romano en el año 1568 y posteriormente en 1570 el Misal Romano, y en los años siguientes se fueron publicando una serie de libros que centralizarían la celebración unánime a nivel de Iglesia, la tarea de velar por la observancia de la liturgia estaría a cargo de la Congregación de los ritos, creada por el papa Sixto V en el año 1587.

La reforma de Trento daba respuesta a dificultades propuestas por la reforma protestante, ya que sus reformadores “eliminaron demasiadas cosas del patrimonio genuino de la tradición eclesial” (Augé, 1997, pág. 43). Claro está que algunas de sus propuestas no estaban del todo descabelladas, tanto así que podríamos decir que fueron algunas de éstas, no todas, las que abrazó el Vaticano II. La reforma protestante proponía algunas reformas positivas para la Iglesia, “culto en lenguaje vulgar, comunión bajo ambas especies, superación de los excesivos aspectos privados presentes en la celebración de la misa, insistencia en la comunión durante la misa y, sobre todo, eliminación de los abusos” (Augé, 1997, pág. 42).

En el marco de esta crisis del siglo XVI, la cual ya hemos enumerado en repetidas ocasiones, hay que hacer un gran reconocimiento a este concilio, pues fue Trento quien salvó la Liturgia, la cual decaía en el medioevo.

Al mismo tiempo que fijaba la liturgia para superar la situación caótica de la época, la alejaba también de la vida real, la convertía casi en una forma “congelada” obligando a la piedad de los fieles a alimentarse con las formas de piedad popular y devocional, y dando origen así inconscientemente a la cultura religiosa del Barroco (Augé, 1997, pág. 43)

El concilio de Trento, en cabeza de Pio V, buscó restaurar la liturgia eucarística mediante la recuperación de las fuentes primitivas, supresión de cultos con antigüedad menor a los doscientos años, el uso del Misal Romano para toda la Iglesia Latina y la centralización de la autoridad litúrgica... hacia finales del siglo XVI, profundizado el trabajo en dirección a la reforma protestante, se vislumbra un peligro, el cual está enfocado hacia un distanciamiento de los fieles con la liturgia eucarística. Frente a este posible distanciamiento, del cual tomo riendas el papa san

Pio X, podemos descubrir que no sólo existía por parte de los fieles, pues se vislumbraba una ruptura a través de un “dilatado ministerio sacerdotal y episcopal” (Garrido, 2007, pág. 281) es por eso que durante su pontificado intentó remediar la situación. Aunque el Papa Pio X, intentó promover una reforma general, su pontificado fue algo corto y para muchos un periodo difícil, es por ello por lo que entre lo poco que pudo realizar está la apertura de la Eucaristía para los niños y la comunión frecuente.

4.3 El movimiento litúrgico en el barroco

El periodo del Barroco o también conocido como el periodo clásico, es un movimiento que se expresó a través de la cultura y el arte, movimiento desarrollado en Europa entre los siglos XVII y XVIII; su nombre denota un señalamiento a una muestra de arte un tanto exagerado.

“El Barroco es un gusto y un estilo formado en el arte y la literatura del siglo XVII, con tendencias a efectos caprichosos, inusuales, declamatorios, ilusionistas, y escenográficos” (Augé, 1997, pág. 43). Pero esta época surgió positivamente el espíritu del catolicismo en el cual se percibía un gran crecimiento gracias a la renovación del concilio de Trento. Es para la Iglesia católica la época del Barroco una época de fiesta ya que es allí donde se vislumbran los grandes frutos del concilio, pues para muchos la Iglesia había salvado la fe.

Gracias a la cultura artística y meditativa de dicha época, la liturgia toma mucha fuerza, pues los fieles ya viven una celebración con mucha más alegría, con disposición, era considerada “como un banquete para los ojos y para los oídos” (Augé, 1997, pág. 43). La liturgia se veía como un espectáculo al cual asistían los fieles, pero, aunque este era un punto positivo, aun se tenían algunos por profundizar. La celebración de la eucaristía debe ser un acto comunitario, pero esto aún no se comprendía, no podemos obviar que persistían muchas dificultades de por medio, uno de estos principales obstáculos era el idioma, por ello muchos de los fieles rezaban el rosario o recitaban diferentes actos de piedad durante la celebración, y no había nada que se pudiese hacer para que ellos comprendieran, claro ejemplo encontramos en el “sacerdote francés Voisin de poner al alcance del pueblo los textos de la misa, traducidos en la lengua del país, fue condenado del modo más severo con un breve de Alejandro VII” (Augé, 1997, pág. 43) pues este acto se consideraba una profanación.

Frente a estos baches, cabe resaltar la época del barroco como la época del desarrollo de la ciencia litúrgica. Es allí donde surgen las grandes inspiraciones de los representantes de la espiritualidad, inspiraciones surgidas de la misma práctica litúrgica; a finales del siglo XVII, surge una nueva crisis en el pensamiento europeo, dicha crisis abre camino a un movimiento que más adelante conoceríamos como la ilustración. Es esta una de las épocas importantes, pues aquí no solo comienza la importancia de la catequesis, sino que se plasma el arte y la cultura.

4.4 El movimiento litúrgico en la época de la ilustración

Partamos de la Ilustración como aquel movimiento filosófico de la Europa del siglo XVIII, que buscaba combatir el error desde el ámbito racional enfocado en todos los campos de pensamiento. Dicho pensamiento, así como este momento de la historia influenció como muchos otros en la liturgia; pero quizá este influjo fue positivo, pues la liturgia abrió caminos que poco a poco acentuaban su enfoque primordial: lo comunitario. Es así como la liturgia se abre paso a una nueva forma de pensamiento enfocada un tanto más al ámbito pastoral, da prioridad a la celebración y participación comunitaria partiendo desde una respuesta racionalizada. Así que “en lucha contra la cultura barroca, se quiere encontrar el camino hacia la esencia lógica de la liturgia” (Augé, 1997, pág. 44), donde se logre visualizar la participación de la Iglesia como Sacramento visible de Cristo. Es aquí donde se realiza el opus operantis de Cristo y a su vez el de la Iglesia.

Quizá este movimiento dio mucho de qué hablar, pues a raíz de su propuesta pensante surgen distintas formas de liturgias locales (intentos de reforma), entre ellos el conocido sínodo de Pistoia acentuado en el año 1786, el cual presentó alguna serie de condenas acerca de algunos asuntos doctrinales y litúrgicos. Pero fue también gracias a estos intentos de reforma que se pudo percibir uno de los tal vez más grandes errores, tratar de racionalizar la liturgia por completo, éste fue el fracaso de aquellos intentos de transformación pues su exagerado racionalismo y sus tendencias en muchas ocasiones algo heréticas no permitieron el auge de esta propuesta. Aunque hay que reconocer que fueron muchos los teólogos que aspiraron a la necesitada reforma litúrgica con vistas al siglo venidero.

4.5 la liturgia católica de los siglos XIX y XX

Bien parecía el abrazar la ilustración, ya que esta proponía grandes cambios y presentaba expectativas de reforma positivas para la Iglesia, pero tal vez ambición, afán, o quizá otros aspectos que desviaron el ideal cristiano por una reforma litúrgica lograron dar a conocer los errores que la

ilustración en sí predominaba y lo cual derrumbaría toda una espiritualidad hasta ahora formada. El siglo XIX, traerá consigo una nueva visión del mundo basada en el culto y en la historia, donde se pueda dejar de lado el sentimentalismo y lo romántico donde el culto pareciera ser una exposición artística y donde la liturgia pasaba a ser un ente completamente extraño.

El siglo XIX presenta un nuevo inicio, una nueva búsqueda para la restauración, para sanar todas aquellas heridas producidas por la apertura a una ilusión de cambio generada por la ilustración. Para esta época, es importante la implicación científica, la cual se basa en la historia de la liturgia como objeto de su investigación; aparecen también las grandes obras sobre patología latina y griega, lo cual permite considerar la liturgia en fase de restauración.

“En el siglo XIX, la iglesia se encuentra ante una cultura en buena parte arreligiosa y anti-eclésiástica, una cultura no cristiana que se ha ido independizando de ella progresivamente” (Borobio, 2006, pág. 145). Este siglo ha bebido de los grandes acontecimientos de los últimos cuatro (siglos), acontecimientos significativos en el ámbito eclesiástico y pensantes como la ilustración y la revolución francesa, pero junto a ellos también algunos acontecimientos en el ámbito eclesial.

Cuando inicia nuestro recorrido por esta reflexión litúrgica, al ubicarnos en la época Apostólica y enfatizábamos la importancia de la vida eclesial en los primeros siglos, decíamos que la Iglesia estaba pasando por un momento de improvisación, han pasada ya aproximadamente diecisiete siglos hasta aquí, y hemos visto el recorrido y las diferentes transformaciones de la Iglesia en el ámbito litúrgico. El siglo XIX aparece como una época de desconcierto, de baja guardia, una época “incapaz de resolver sus problemas con criterio propio, recurriendo a modelos anteriores” (Borobio, 2006, pág. 145) se convierte está en una época de imitación al romanticismo, donde pareciera que la Iglesia nuevamente se deja viciar por un pensamiento resultante. Sin embargo, este periodo también trae consigo un campo positivo, pues es la época y el auge de la industrialización, la técnica, el proletariado como clase social, entre otras grandes circunstancias.

Borobio afirma que “la Iglesia, en su nivel institucional, no muestra ya esa fuerza de asimilación crítica y creadora que ha tenido épocas anteriores” (Borobio, 2006, pág. 145) y esto llevó consigo algunos resultados, nuevamente un cisma, pero este fue un cisma entre la Iglesia y la época de un mundo moderno, el distanciamiento cada vez mayor de la clase trabajadora, entre la Iglesia misma

y los creyentes del campo de la ciencia y la cultura; y es precisamente hasta el Vaticano II que la Iglesia logra entablar un diálogo nuevamente con el mundo moderno.

Desde este pequeño sobrevuelo de la realidad de la Iglesia y el Mundo, Retomemos nuestra cuestión sobre la sagrada liturgia. El movimiento litúrgico hasta aquí, fue completamente autónomo, claro está, era controlado por los organismos de la Iglesia; pero a diferencia de este, el siglo XX puede distinguirse por la gran obra de los sucesores de Pedro y el pensamiento teológico y pastoral.

El papa Pio X (1903-1914) en el año 1903, expresó su gran preocupación por la participación activa de los fieles en las diversas celebraciones de la Iglesia, esto en su motu proprio del 22 de noviembre de dicho año, (*Tra le sollecitudini*), y es gracias a este pronunciamiento que la historia puede afirmar que se dio el fundamento para el inicio de la casi definitiva restructuración de la liturgia. Muchos se unieron a esta causa, pero como toda nueva propuesta tuvo sus opositores y quienes debatían sus sospechas, pero fue la intervención de Pio XII (1939-1958) a través de la *Mediator Dei*, publicada en el año de 1947 la que dio paso al ánimo y el desarrollo del nuevo movimiento litúrgico. Fue Pio XII quien emprendió los primeros pasos de dicha reforma litúrgica, retomados por Juan XXIII y posteriormente por el Concilio Vaticano II.

4.6 De la propuesta litúrgica al Vaticano II

4.6.1 influencia de la encíclica *Mediator Dei* del Papa Pio XII promulgada el 20 de noviembre del año 1947, sobre la sagrada liturgia.

El Papa Pio XII, en su afán de caminar hacia una nueva y perseverante reforma litúrgica, nos invita a reflexionar acerca del importante papel que juega la Iglesia en medio del pueblo de Dios, donde recuerda que la Iglesia “continúa el oficio sacerdotal de Jesucristo, sobre todo mediante la sagrada liturgia. Esto lo hace, en primer lugar, en el altar, donde se representa perpetuamente el sacrificio de la cruz” (MD.5) pero también continua este oficio “mediante los sacramentos, que son instrumentos peculiares, por medio de los cuales los hombres participan de la vida sobrenatural” (MD.5). fue esta encíclica uno de los puntos de partida que impulsarían la gran reforma litúrgica del Concilio Vaticano II, pues es desde aquí donde la *Sacrosanctum Concilium* propone aquel argumento que será definitivo en la vida y la participación litúrgica para comprender así su teología. Por ello la *sacrosanctum Concilium* afirmaría en el numeral 7, que la celebración de la liturgia está dotada de muchos signos sensibles, los cuales no pueden pasar desapercibidos,

sino que dichos signos significan y así realizan la santificación del hombre para que desde allí Cristo Cabeza y La iglesia como sus miembros celebren el culto. Es también desde aquí que el número 10 habla de la liturgia como la fuente y cumbre de la actividad de la Iglesia, pues es en la liturgia donde la vida eclesial se da y se manifiesta plenamente en su señor, Jesucristo.

El Papa Pio XII, no lanzó un llamado de atención únicamente acerca de la importancia de renovar nuevamente la sagrada liturgia, él quería que esta vez dicha revitalización se tomara completamente en serio, donde no la liturgia no tuviese que seguir a la vanguardia de los cambios políticos y las modificaciones de los diferentes movimientos históricos y culturales. Con esto no quiero decir que la Iglesia no iba a responder a los retos de su actualidad inmediata, por el contrario, debía buscar la forma de responderle por completo sin viciarse de ella ya que en el recorrido histórico pudimos observar que una vez era derrumbado un planteamiento científico, filosófico, político, social, cultural, etc. Y la Iglesia aterriza su normatividad y su celebración partiendo desde la misma propuesta en boga caía con ella una vez era remplazada.

He repetido en varias ocasiones que la Iglesia en sus primeros siglos estuvo en un momento de improvisación y hoy pareciera que casi XIX siglos después continuara en lo mismo. Es por ello que el Romano pontífice propuso con gran celo renovar la liturgia para que ésta lograra ayudarnos a experimentar el cielo en la tierra. ¿qué le preocupaba a Pio XII? Que el conocimiento y la profundización en los estudios litúrgicos en algunos lugares era casi nulo, otros innovaban a veces descuidando la sana doctrina y a un más, “con la intención y el deseo de una renovación litúrgica mezclan frecuentemente principios que en la teoría o en la práctica comprometen esta causa santísima y la contaminan también muchas veces con errores que afectan a la fe católica y a la doctrina ascética” (MD.11). Entonces creo no estar equivocado al atreverme a decir que la Iglesia ha caído nuevamente en la improvisación de los primeros siglos, por ello la importancia de una unificación litúrgica que diera paso a una celebración completamente unánime y comunitaria a nivel no solo de un sector particular sino a nivel de toda la Iglesia, y este sería precisamente uno de los grandes retos para la Historia de la liturgia a partir de este momento.

Cuando hablamos de la celebración litúrgica como un acto comunitario y no particular, podemos comprenderlo desde la importancia de la unión de corazones en Dios que acompaña e invita al pueblo creyente y reunido no particularizado por conveniencias egoístas, por ello también Pio XII nos lleva a reflexionar acerca del culto como un acto particular, pero a su vez comunitario.

“El deber fundamental del hombre es, sin duda ninguna, el de orientar hacia Dios su persona y su propia vida” (MD.18) para que esto se logre es fundamental que el hombre tome conciencia de la majestad de Dios y acepta su misión, so lo es posible cuando se siente verdaderamente hijo y le obedece. Ahora bien, esto desde una comprensión particular, desde una perspectiva eclesiológica y comunitaria, el papa Pio XII afirma que, aunque es un deber particular, “es también un deber colectivo de toda la comunidad humana, ordenada con recíprocos vínculos sociales, ya que también ella depende de la suprema autoridad de Dios” (MD.20). Ya desde este momento el sumo pontífice motivaba a impartir la enseñanza de la sagrada doctrina donde el pueblo comprendiera la importancia de la celebración comunitaria y no particularizada, por ello es claro interrogar o aplicar como ejemplo el ejercicio de la oración común (ejemplo ya citado anteriormente) donde hablábamos del aprender a diferenciar una cosa el orar en común y otra comunitariamente.

La propuesta del santo padre, fue bien recibida por algunos miembros, aunque no faltaban quienes se empeñaban en afirmar que una vez más sería un fracaso. Claro está que a diferencia de tiempos anteriores en los que la liturgia y la tradición abrazaban cada momento histórico presente y esto la llevaba a decaer una vez el auge de pensamiento y razón cambiaba de opción fundamental y/o era derribado por una nueva corriente de pensamiento, para esta ocasión iba a ser muy diferente; el papa Pio XII sabía cuál era el reto que estaba planteando para la Iglesia, pero era consiente también que una vez se lograra instaurar una reforma y unificarla para toda la iglesia, este sería el trofeo más grande de una lucha revitalizadora de más de dieciocho siglos. No podemos negar que este proyecto era un tanto idealista, parecía lejano y difícil de alcanzar, pero aquí existía un argumento y un deseo diferente, en esta ocasión no se quedaría únicamente en documentos y escritos que se archivarían como sucedió a lo largo de la historia, esta vez el papa lanzaba una motivación donde el pueblo santo las hiciera realidad y parte de su vida, para así enfrentar la gran crisis de la desacralización y secularización que poco a poco se hacía más grande.

Creo que en lo que trato de presentar desde la corta reflexión en la Mediator Dei, podríamos basarnos en la importancia que se da al culto Eucarístico, y desde allí la participación de los fieles en el mismo. La participación de los fieles en la celebración del sacrificio, se debe centrar en resaltar la importancia en la presentación de las ofrendas, donde tanto el pueblo como el sacerdote se hacen uno solo para ofrecer la oblación y el sacrificio. No podemos continuar acentuando en una celebración particularizada, donde Cristo se hace cabeza, pero los miembros se hacen activos

independientes, pues es allí donde la comunión y la oración comunitaria comienza a tropezar; “es en la liturgia donde la vida de la Iglesia se convierte plenamente en la vida de Cristo” (Martínez, 2017). La celebración litúrgica, es la que permite que la palabra de Dios no sea un simple recuerdo que genere lazos de comunión, la liturgia permite que la celebración comunitaria no se a un simple ideal, es por ello que el Espíritu Santo actúa y se manifiesta a través de la epiclesis para desde allí dar esperanza a quien cree, es aquí en esta comunión plena donde la Iglesia se hace plenamente cuerpo místico de Cristo. Marsili (1910 – 1983) un monje benedictino, considerado el impulsador del movimiento litúrgico italiano, que además quiso poner en práctica la reforma del Vaticano II, se atrevía a decir que la “liturgia es el momento final de la historia de la salvación” (Marsili, 2002) y esta profunda reflexión surge de la continuidad de nuestro tiempo de aquello que Dios ya hizo suyo ante el misterio pascual, es por ello que aquel misterio capaz de llenarlo todo en la sagrada Escritura, también es aquel que lo llena todo en la liturgia y es allí donde se hace posible la participación en el misterio de Dios.

Hablar de la liturgia tan abiertamente y de esta manera podría convertirse en algo utópico, algo un poco difícil de alcanzar, pero ha sido este pensamiento el que quiso eliminar el papa Pio XII con su propuesta en la *Mediator Dei*, pues muchos podríamos pensar que la Iglesia a lo largo de los años se ha propuesto publicar documentos que buscan regular las normas y las celebraciones, pero ¿el esfuerzo no debe apuntar a hacerlas realidad? Éste si fuera un gran resultado que respondería a la crisis de la desacralización y secularización que hoy enfrenta el mundo.

Claro está que la Iglesia ha procurado dar ciertos pasos desde la motivación del papa Pio XII, para motivar y enseñar al pueblo de Dios que la liturgia no son únicamente los ritos y las rubricas, pues la liturgia se hace posible cuando nace verdaderamente del encuentro de Dios con el hombre y a su vez el culto se dirige al Padre, en el Hijo y por el Espíritu. No por ello afirmaba con tanto convencimiento el papa Benedicto XVI que la liturgia “es un don recibido por la Iglesia, que, iluminada por el Espíritu Santo, le da forma.” Y para afirmar lo dicho anterior mente dice

Estoy convencido de que la crisis eclesial en la que nos encontramos hoy depende en gran parte del hundimiento de la liturgia, que a veces se concibe directamente “*etsi Deus non daretur*”: como si en ella ya no importase si hay Dios y si nos habla y os escucha (Recuerdo, 1997, pág. 125)

4.6.2 El espíritu renovador de la liturgia y el Concilio Vaticano II.

Entre el 11 de octubre de 1962 y el 8 de diciembre de 1965 se desarrolló el Concilio Vaticano II, entre sus dieciséis documentos, fruto del trabajo y dedicación podemos mencionar la Sacrosanctum Concilium, promulgada el 4 de diciembre de 1963. Fue este, el primer documento aprobado y también el documento que produjo frutos inmediatos y visibles para el pueblo cristiano. El numeral diecinueve de la Sacrosanctum Concilium invita a la diligencia y formación de los fieles, como también su participación activa dando así un paso importante a lo que sería la gran reforma litúrgica que hemos perseguido hace mucho.

Los pastores de almas fomenten con diligencia y paciencia la educación litúrgica y la participación activa de los fieles, interna y externa, conforme a su edad, condición, género de vida y grado de cultura religiosa, cumpliendo así una de las funciones principales del fiel dispensador de los misterios de Dios y, en este punto, guíen a su rebaño no sólo de palabra, sino también con el ejemplo. (SC. 19)

Esta constitución, durante su aplicación, se produjo en tres momentos o etapas:

1. Reforma: aquí, jugaron un papel importante los cambios externos, tales como el cambio del latín a la lengua de cada pueblo; es aquí donde se dan las primeras publicaciones de leccionarios, rituales, liturgia de las horas, y por su puesto la nueva edición del Misal Romano.
2. Renovación: enfoca la participación interna y espiritual de toda la celebración litúrgica. Enfoca el aprendizaje y reconocimiento de los signos, pero este conocimiento enfocado a su significación y sentido teológico.
3. Adaptación y creatividad: conocer las inquietudes de cada comunidad para responder de una forma cercana y adaptada a cada situación. En esta etapa se propone una ruta de trabajo donde se comprenda que crear no puede ser sinónimo improvisar, innovar; crear, es poder pasar de la rúbrica a la celebración vital, dinámica (darle vida a la letra). Es en esta etapa donde se despierta la motivación por la espiritualidad litúrgica.
4. Inculturación: aunque podríamos afirmar que esta etapa aún está en vigencia y sigue en función, la Iglesia ha utilizado poco a poco este término referido a la explicación dada por la Gaudium et Spes, que invita a profundizar en el mensaje de Cristo para sí expresarlo en la celebración de la liturgia y en la vida de la comunidad de fieles.

Viendo estas etapas (quizá sean cuatro de diferentes propuestas que pueden surgir) podemos ver la importancia de la liturgia en la vida de la Iglesia, pues tiene el deber de guiar

al pueblo de Dios en su peregrinación terrena y a su vez, manifestar el misterio de Cristo y la naturaleza de la Iglesia, es está la famosa Epifanía de la Iglesia expresada en la Sacrosanctum Concilium,

La Liturgia, por cuyo medio "se ejerce la obra de nuestra Redención", sobre todo en el divino sacrificio de la Eucaristía, contribuye en sumo grado a que los fieles expresen en su vida, y manifiesten a los demás, el misterio de Cristo y la naturaleza auténtica de la verdadera Iglesia... Por eso, al edificar día a día a los que están dentro para ser templo santo en el Señor y morada de Dios en el Espíritu, hasta llegar a la medida de la plenitud de la edad de Cristo, la Liturgia robustece también admirablemente sus fuerzas para predicar a Cristo y presenta así la Iglesia, a los que están fuera, como signo levantado en medio de las naciones, para que, bajo de él, se congreguen en la unidad los hijos de Dios que están dispersos, hasta que haya un solo rebaño y un solo pastor. (SC.2)

La liturgia, toda ella es de la Iglesia, y depende de la Iglesia, por ello no puede ser modificada a gustos personales pues la Iglesia es su único guardián.

La Sacrosanctum Concilium entonces, debería considerarse no solo como la última etapa en la historia de la liturgia, sino especialmente un momento importante en la doctrina de la Iglesia misma. Este documento se ubica en un plano teológico, donde su iteres "se concreta no en los ritos en sí mismos, sino en los contenidos de fe que tienen que expresar." (Augé, 1997, pág. 47) El Vaticano II, quiso dejar de lado el ritualismo para así lograr hacer una reflexión completamente teológica.

El concilio vaticano II, al momento de hablar del campo litúrgico, deja en claro que "la reglamentación de la sagrada Liturgia es de competencia exclusiva de la autoridad eclesiástica" (SC. 22,1), esto para evitar que diferentes entes cambien, quite o añada ritos o formas propios de la liturgia.

4.6.3 Clave de lectura, constitución Sacrosanctum Concilium.

La constitución sacrosanctum Concilium, siendo uno de los primeros documentos promulgados por el Vaticano II, recoge un gran compendio teológico-litúrgico que constituye el fruto del peregrinar por este movimiento a través de los siglos.

Iniciando una lectura desde este documento, la liturgia tiene un carácter que la identifica con la tradición, el cual constituye un elemento fundamental, el contacto con Cristo vivo. La liturgia por

su parte también debe manifestar cambios en las diferentes tradiciones que se han ido adhiriendo a lo largo de los siglos, estos cambios con el fin de actualizar el movimiento litúrgico sin perder el ideal de la primera comunidad, pero si evitando una sobrevaloración de las diferentes tradiciones que han ido aportando a cada reforma y cambio celebrativo o ritual.

La liturgia, podríamos decir que a partir de Trento, recibió dos visiones, una como hecho tradicional, del cual acabamos de hablar y otra de carácter jurídico, “un rito ejecutado externamente de acuerdo con unas determinadas normas rubricales” (AUGÉ, 1997, pág. 48); estos dos puntos de vista, permitieron la nueva interpretación del papa pio XII en su documento *Mediator Dei* pues rechazaba la noción estética que concibió el culto como únicamente como algo exterior y a su vez su deseo de centrar la liturgia como un simple culto público, el cual era regulado por las autoridades de la Iglesia.

El vaticano II, especialmente este documento, “coloca la liturgia en el contexto de la revelación como “historia de salvación”” (AUGÉ, 1997, pág. 49), pues es allí en la liturgia donde la Iglesia da continuidad al acto salvífico de Cristo,

Por esta razón, así como Cristo fue enviado por el Padre, Él, a su vez, envió a los Apóstoles llenos del Espíritu Santo. No sólo los envió a predicar el Evangelio a toda criatura y a anunciar que el Hijo de Dios, con su Muerte y Resurrección, nos libró del poder de Satanás y de la muerte, y nos condujo al reino del Padre, sino también a realizar la obra de salvación que proclamaban, mediante el sacrificio y los sacramentos, en torno a los cuales gira toda la vida litúrgica. Y así, por el bautismo, los hombres son injertados en el misterio pascual de Jesucristo: mueren con El, son sepultados con El y resucitan con El... (SC. 6)

Y es aquí en la continuidad Apostólica, en el cumplimiento del mandato misionero que la Iglesia perpetúa la obra salvífica. La liturgia entonces debe ser entendida como verdadera tradición, pues es a través de ella que se da la transmisión del misterio salvífico de Jesucristo, pues este misterio de Cristo y la historia de la salvación son una sola cosa, en Cristo está centrada la salvación y allí se concentra la gran obra salvífica.

La Sacrosanctum Concilium, afirma:

Se considera la Liturgia como el ejercicio del sacerdocio de Jesucristo. En ella los signos sensibles significan y, cada uno a su manera, realizan la santificación del hombre, y así el Cuerpo Místico de

Jesucristo, es decir, la Cabeza y sus miembros, ejerce el culto público íntegro. En consecuencia, toda celebración litúrgica, por ser obra de Cristo sacerdote y de su Cuerpo, que es la Iglesia, es acción sagrada por excelencia, cuya eficacia, con el mismo título y en el mismo grado, no la iguala ninguna otra acción de la Iglesia. (SC. 7)

Partiendo con el anterior punto de vista desde la obra salvífica, descubrimos que el marco de la economía de la salvación la liturgia da un realce al misterio pascual, pues Cristo dio inicio al gran rito durante su vida, culminando así este rito en la cruz; ahora la Iglesia prolonga este rito y lo actualiza en su celebración.

La sacrosanctum Concilium, en el número 5, describe algunos tiempos de revelación en el acto salvífico de Dios en la historia, donde Cristo concreta este acto: la redención vista desde la historia de la salvación a través del Antiguo Testamento comienza con la encarnación del hijo en el seno de una virgen, María, y se cumple toda ella en el momento de su muerte, no quedando allí congelada, sino dando nueva vida por su resurrección y ascensión al cielo. “por eso, el eje y el centro de todo el plan creador y salvador del Padre es Cristo glorioso” (AUGÉ, 1997, pág. 51). Por ello el Vaticano II, afirma que la obra redentora se realizó en Cristo y por Cristo, “Cristo la realizó principalmente por el misterio pascual de su bienaventurada pasión” (SC. 5), es por esta afirmación, que la pascua no solo se ubica en el centro de la historia de la salvación, sino que es el centro y el punto culmen de la liturgia de la Iglesia, ya que es por ella que tiene sentido.

La liturgia, “obra de Cristo sacerdote y de su Cuerpo, que es la Iglesia” (SC. 7) la Sacrosanctum Concilium, como lo hace la Mediator Dei, descubren como la liturgia y la eclesiología son inseparables; la eclesiología que presenta el Vaticano II, refiere a la comunión, una comunión de carácter sacramental y ontológico, comunión manifestada no solo en la Sacrosanctum Concilium, sino que también se ve manifestada en los documentos Lumen Gentium y Gaudium et Spes. La Sacrosanctum Concilium haciendo énfasis en la importancia de la eclesialidad afirma: “Las acciones litúrgicas no son acciones privadas, sino celebraciones de la Iglesia, que es “sacramento de unidad” SC. 26) este numeral busca superar la relación entre liturgia e iglesia jerárquica, para unir a la Iglesia pueblo de Dios allí donde Cristo ejerce su sacerdocio, y permite la unión del hombre con Dios, la liturgia.

Efectivamente, el punto culminante del misterio de Cristo y su liturgia (como lo hemos venido explicando) es su muerte en la cruz, pues es allí donde contemplamos la máxima manifestación de

amor expresada por el Padre y a su vez “la prueba más elocuente del “no hay mayor amor que dar la vida por la ovejas”” (Garrido, 2007, pág. 35), y es por eso que siguiendo el ideal de Cristo sacerdote la Iglesia encuentra en la Liturgia “la cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia y al mismo tiempo la fuente de donde mana toda su fuerza” (SC. 10).

5. Capítulo 3. La liturgia, Fuente de una experiencia eclesial y no individualizada

5.1 Hablar de Liturgia hoy

A lo largo de la historia de la liturgia desde sus inicios, realizando un sobrevuelo por aquellos momentos quizá más representativos hasta llegar a uno de los puntos culmen de la reforma litúrgica en la Iglesia católica, el Concilio Vaticano II.

Situados ahora en el siglo XXI cuando es latente y muy difícil de ocultar la crisis que vive la iglesia hoy a causa de la secularización y desacralización del siglo¹, ¿cómo hablar de liturgia? Este es uno de los grandes retos para la Iglesia de hoy. Hemos visto como a lo largo de la historia han sido publicados muchos documentos, artículos y manuales que buscando la perfección y un mejor direccionamiento del rito y las celebraciones de la Iglesia han quedado archivados en bibliotecas o escritorios de los cuales pareciese que el único interesado en su contenido es el polvo. Creo que es pertinente hoy descubrir la gran necesidad de retomar la *Mediator Dei* la cual busca estremecer el adormecimiento de los pastores encargados de velar por la sagrada liturgia, es necesario hoy hablar de una formación no solo para clérigos y religiosos, no únicamente para quienes se encuentran en un camino de formación a la vida consagrada y sacerdotal, es hora que nuestra Iglesia colombiana abra sus puertas como lo hizo el vaticano II al mundo y permita que los laicos se formen de una manera más completa y efectiva no solo en el campo teológico y doctrinal sino también en el litúrgico. Nos hemos limitado a celebrar día tras día los sacramentos obviando la formación de aquellos que buscan como nosotros ver unido el cielo con la tierra, hemos caído en el costumbrismo de repetir signos y símbolos, oraciones, preses, jaculatorias, inclusive las mismas respuestas de la celebración eucarística se dicen casi de una manera automática y en su mayoría de veces ni quien celebra es consciente de lo que dice por culpa de la rutina; que hay de tras de todo esto ¿falta de formación o de conciencia? Creo que las dos son una buena respuesta.

La liturgia es un evento simbólico, en la que convergen diferentes dimensiones como: “lo espiritual, lo anímico y lo material-físico” (Maldonado, 1999, pág. 10). La liturgia, se desplaza en medio de símbolos surgidos en una memoria colectiva, aquí podríamos hacernos entonces la

¹ el concepto Secularización refiere el acto de expropiación de los bienes de la Iglesia por parte de los gobiernos laicos, tal como ha sucedido desde el siglo XVII. También, designa al rechazo de cualquier tipo de participación eclesiástica en la administración pública... En este contexto, la búsqueda de la autonomía humana con el incesante anhelo de exaltar las creaciones mundanas ha generado a lo largo del tiempo, particularmente en las etapas más recientes, la desacralización divina. (Moncada, 2011)

pregunta ¿por qué es tan difícil vivir la liturgia como evento simbólico? La respuesta es quizá muy sencilla: no hay formación simbólica para los laicos, nos hemos limitado a celebrar y repetir anáforas sin enseñar que se hace y por qué se hace (cosas tan sencillas quizá como el extender las manos, la procesión de las ofrendas, el incensar, inclusive hacer una fila para comulgar ...) y por otro lado se ha ido perdiendo el interés por la liturgia. Para muchos hablar de liturgia hoy es tocar un tema de poca importancia o para otros es sacar a flote un tema de bajo peso académico; si tan solo comprendiéramos la importancia de ésta y su finalidad, la descubriríamos incluso en lo cotidiano de nuestras vidas, podríamos hablar de muchas actividades y ritos no necesariamente en una perspectiva católica y allí se hace patente una liturgia también, no conocida por este nombre. Pero acaso no es necesario un conocimiento teológico para comprender el sentir litúrgico, ¿dónde está el vacío? ¿en la imagen pobre que tenemos de la liturgia o en nuestra pobre comprensión teológica de la misma? No hay liturgia sin teología, pues sería un rito más o en un lenguaje más vulgar, sería una representación teatral que se realiza a diario en la cual observamos, disfrutamos y aplaudimos. La liturgia en sí la teología aplicada. “la sociedad actual, con sus exigencias de vida racionalizada, acoplada a objetivos muy concretos, bloquea la relación, el contacto gratuito, libre de objetivos interesados con las acciones simbólico-rituales. Esa relación es un presupuesto imprescindible para la experiencia del símbolo” (Maldonado, 1999, pág. 10) .

Nuestra sociedad, se desarrolla en el mundo de la técnica, la industria, la oferta y la demanda, y es allí donde el creer se direcciona hacia el cálculo y la planificación de proyectos y metas; el hombre poco a poco se separa de la experiencia mística y religiosa encontrándose con una propuesta ritual de comercio y desarrollo que inclusive muchas veces lo adentra en un mundo superficial en el que el ser poco a poco se robotiza, repite comandos y patrones a diario para desarrollar su quehacer y llega al punto de realizar diversas actividades casi que mecánicamente, esa es su liturgia, pero nosotros estamos cayendo en lo mismo con la nuestra.

La liturgia debe permitir adentrarnos en un proceso de trascendencia e interioridad, debe llevarnos a buscar en el hombre interior (como afirma san Agustín) donde logre silenciar su exterior para escuchar a Dios que clama desde lo más profundo de su intimidad, pero esto no ha sido posible a causa de la modernidad en la que se ha visto sumergida la sociedad, modernidad que incluso se ha adentrado en nuestros ritos y celebraciones, sumergiéndonos en el conformismo y la acomodación. ¿en qué consiste entonces este proceso? En que el hombre mire hacia su interior,

vuelva hacia sí y vea los signos exteriores como expresiones de cosas interiores. En otras palabras, llegar a un “espacio o dimensión de ser que es propio del alma” (Fitzgerald, 2001, pág. 739). El mundo del consumismo cada vez más exigente permea en la respuesta del hombre ante la imagen de Dios y a la respuesta que varía como resultado de una crisis religiosa que nuevamente se deja ver poco a poco; “ya no anidan ni se sedimentan en los estratos profundos del alma los símbolos religiosos, las imágenes del Misterio y de lo Sagrado” (Maldonado, 1999, pág. 12) hoy se resalta la demanda comercial y el propagandismo impuesto por los medios de comunicación.

¿Es posible dar un aporte desde la liturgia frente a los problemas del hombre moderno? Podríamos afirmar que sí, la liturgia, lejos de querer que el hombre se acople a una estructura impuesta y mercantil, busca hacer que éste desde la experiencia espiritual, apoyado en su sabio lenguaje ritual y simbólico llegue a la interioridad, la liturgia “tiene la capacidad de alcanzar los estratos más profundos del hombre, los niveles más hondos de lo anímico y el centro espiritual de la persona” (Maldonado, 1999, pág. 12). Es así como desde la liturgia podemos moldear al hombre a que su yo interior sea capaz de descubrir el sujeto de su vida ya que los signos y símbolos que aquí se presentan, permiten descubrir la grandeza del alma.

Continuando con uno de los interrogantes que me han surgido a lo largo de este recorrido por la liturgia, me vuelvo a preguntar ¿Dónde radica el problema de la crisis en la sagrada liturgia hoy? Creo que se ha perdido la fe en el ritual, y cuando no hay fe, no hay esperanza, y por ello hoy podemos hablar de una liturgia viciada y fracturada por el desconocimiento y la desvalorización de la acción ritual dentro del plano propio celebrativo. La racionalidad es uno de los temas fuertes hoy, pero el gran peligro ha radicado en centrar únicamente la racionalidad y dejar de lado el lenguaje simbólico de la liturgia, lenguaje que siendo observado con detalle habla por sí mismo. Podríamos decir que esta crisis se ha desencadenado ya que el racionalizar el símbolo y el rito ha hecho que se pierda la alegría del asombro, en la liturgia, el lenguaje más sutil está en los símbolos, no en las ideas ni en la especulación. La liturgia es rica en signos y símbolos, especialmente en el desarrollo del rito de los sacramentos, parte fundamental de la celebración eucarística viene acompañada de una riqueza simbólica para muchos desconocidos, algunos ejemplos los podemos encontrar en actos como la imposición de manos, el contacto, la unción con el óleo, las diferentes reverencias, entre muchos que llevarían algunas páginas para enumerar.

Los diferentes gestos de la liturgia son un signo eficaz del actuar de Jesús a través de su Iglesia. “una celebración sacramental está tejida de signos y de símbolos” (camino, 2002, pág. 148) esta simbología abarca gestos culturales del hombre y es desde allí donde Dios se vale para transmitir la salvación a la humanidad, son “signos de la alianza, signos de las grandes acciones de Dios en favor de su pueblo” (camino, 2002, pág. 149). Y estos signos fueron asumidos por Jesucristo a través de sus signos (milagros), curaciones, pero especialmente a través de su predicación.

La asamblea litúrgica, debe experimentar una sensación de libertad, para que desde allí experimenten un impacto ritual desde una vivencia basada en la interioridad. La celebración litúrgica debe tener como meta el lograr que en su desarrollo se haga presente la gran riqueza de Cristo. Hoy podemos pensar que la celebración de la liturgia es una dramaturgia, una obra de teatro más, la cual se repite a diario y muy especialmente en la celebración dominical, se cree que existe un guion escrito en el cual sus personajes se aprenden sus libretos e interactúan con la asamblea dependiendo el movimiento que le corresponde. Y si vivimos la liturgia como esa obra y disponemos de una pedagogía que nos enseñe y nos lleve a formar al pueblo santo de tal manera que allí pongamos en escena “el drama sagrado de la redención” (Maldonado, 1999, pág. 14). Hablar de esta manera podría parecer fuera de lo común e incluso un abuso hacia el lenguaje litúrgico, pero podríamos pensar que cuando el hombre logre entender verdaderamente el sentido profundo de la liturgia lograría escenificar en su vida la trascendencia del signo y el símbolo, haciendo así de la misma un camino hacia la interioridad que permita al hombre descubrir la profundidad y tranquilidad de su alma.

No podemos pasar desapercibido que uno de los ejes fundamentales en el ámbito litúrgico es la comunidad, la cual no puede estar desligada de todo acto y/o culto litúrgico, es por ello por lo que la comunicación entre quien preside cada celebración y su asamblea (comunidad), como también la comunicación de los fieles entre sí, es un factor indispensable para el desarrollo y el funcionamiento de los símbolos. La liturgia no puede ser un acto privatizado, pues en el momento que pase de un acto comunitario a un rito personalizado pierde todo su sentido; es precisamente en el desarrollo de la celebración que cada uno de los participantes (comunidad) intercambian a través de una acción ritual su vida, entendiéndose esto de manera simbólica, ya que es allí en la celebración donde todos los corazones se hacen uno para unirse a Cristo por medio de su Iglesia,

si no se diera todo aquello, los signos y símbolos no penetrarían en lo profundo del ser haciendo de ésta una celebración superficial.

5.2 La Liturgia, misterio salvífico

La liturgia, es el culto público y oficial de la Iglesia, es a través de ésta y de sus ritos que el pueblo comparte y celebra su fe. Al inicio del concilio vaticano II, se hace un énfasis sobre la necesidad de abordar la vida espiritual entre los fieles; es así como la gran necesidad de la reforma - que hemos mencionado tantas veces- centra su atención en el fomento del culto y de la liturgia afirmando que es a través de ella que ““se ejerce la obra de nuestra Redención”, sobre todo en el divino sacrificio de la Eucaristía” (SC. 2); este es uno de los pasos más importantes quizá en el uso de la liturgia, pues se le da un peso teológico que no había sido considerado hasta entonces; el discurso litúrgico era interpretado únicamente a partir de la noción del culto, pero es la sacrosanctum Concilium quien da una perspectiva nueva a su comprensión, pues se habla de la importancia de la donación (darse) en un contexto de la obra de la salvación y la historia salvífica,

Por esta razón, así como Cristo fue enviado por el Padre, Él, a su vez, envió a los Apóstoles llenos del Espíritu Santo. No sólo los envió a predicar el Evangelio a toda criatura y a anunciar que el Hijo de Dios, con su Muerte y Resurrección, nos libró del poder de Satanás y de la muerte, y nos condujo al reino del Padre, sino también a realizar la obra de salvación que proclamaban, mediante el sacrificio y los sacramentos, en torno a los cuales gira toda la vida litúrgica (SC. 6).

El desarrollo de la liturgia tiene unas características particulares que la hacen diferente a toda acción o actividad cotidiana, puesto que la liturgia se celebra. De aquí, que el Vaticano II invite a hablar de la liturgia como una celebración siendo esta una de las expresiones más adecuadas para designar el acto litúrgico. Toda celebración, trae consigo una serie de signos estructurados y a su vez articulados que ayudan a delimitar su esencia la cual le da una categoría simbólica que lo diferencia; desde esta corta afirmación podríamos considerar que toda celebración trae consigo un esquema celebrativo y ritual, es por ello que la celebración nos ofrece un nuevo concepto como lo es la fiesta, “la fiesta se celebra mediante el rito” (Burggraf, 2014, pág. 582). La fiesta, habla de la ruptura de la continuidad cotidiana.

La Iglesia a través de la liturgia celebra el misterio de Cristo, esta conciencia, es la clave para comprender hoy la naturaleza de la celebración, es así como la Iglesia interpreta la liturgia como la celebración del misterio cristiano, “es el misterio de Cristo lo que anuncia la Iglesia y celebra

en su liturgia” (CEC 1068), de este modo, es la liturgia un acontecimiento central en la economía de la salvación el cual le da sentido a toda celebración. La liturgia como misterio, no puede comprenderse como un simple enunciado desde la teología, sino que debe ir un poco más allá, es un misterio estamos claros, pero un misterio que se da como acontecimiento de salvación en la historia del hombre.

Por ello, la liturgia cumpliendo con el mandato del Señor y su misterio a través de su pasión muerte y resurrección celebra el misterio salvífico, siendo el culto litúrgico una acción eclesial celebrada desde el presupuesto de la redención divina, que nos permite comprender la liturgia como un ente inseparable del misterio de Cristo y de su Iglesia. Es por ello que no podemos desligar el acto litúrgico de la historia de la salvación en la cual se prolonga el misterio de la cruz y se renueva a diario en la celebración de los sacramentos, especialmente en la eucaristía, sacramento por excelencia en el cual el Señor se abaja y se nos entrega, de aquí que la liturgia rompa los esquemas de toda celebración convirtiéndose esta no en un rito más celebrado como un evento cotidiano, sino que es tan grande el misterio que abarca que se hace una y nueva en cada celebración ya que Cristo se hace presente y comunica su obra salvadora por medio de su Iglesia,. “Cristo Vive y actúa en su Iglesia” (CEC 1076). Desde este punto de vista podemos afirmar Junto a la Sacrosanctum Concilium que Cristo se hace presente y se comunica, y un claro ejemplo de ello lo descubrimos el día de pentecostés.

He aquí que para comprender el misterio de la liturgia debemos partir de tres dimensiones: “misterio, celebración y vida” (Burggraf, 2014, pág. 583) así nos lo presenta el Catecismo de la Iglesia Católica, quien nos enseña que por medio de la liturgia se ejerce la obra redentora, y es especialmente en la eucaristía donde se invita a los fieles para que “en su vida, expresen y manifiesten a los demás el misterio de Cristo” (CEC 1068). La liturgia entonces puede ser considerada como un misterio que celebra la vida de la Iglesia para el misterio de Cristo o mejor aún la vida de la Iglesia en el misterio de Cristo. Es el misterio de Cristo quien precede la vida y le da sentido y es allí donde se prolonga. Por ello estas tres dimensiones: misterio, celebración y vida, se funden la una en la otra gracias al acto litúrgico para dar paso al misterio de Cristo aquí y ahora a través de la celebración litúrgica, cumbre a la cual “tiende la actividad de la Iglesia y al mismo tiempo la fuente de donde mana toda su fuerza” (SC. 10). De este modo el gran misterio de la salvación continua vigente y opera a través de los ritos y símbolos que solemnemente

manifiesta la liturgia de la Iglesia como cumplimiento del rito propuesto por el misterio de Cristo para hacerse partícipe en la vida del pueblo santo.

Siendo la liturgia la teología aplicada, la mediación del rito es fundamental para la “presencia y la comunicación del misterio” (Burggraf, 2014, pág. 587) ya que es a través del rito que se da la posibilidad misma del acontecer litúrgico, el cual prepara el momento preciso para el encuentro con la obra redentora y salvadora de Cristo. En este sentido, “el rito de culto no es sólo una parte integrante del patrimonio de la Iglesia de Cristo, sino la forma misma de la tradición eclesial del misterio de salvación.” (Burggraf, 2014, pág. 587).

5.3 La liturgia como experiencia comunitaria

Para todos es claro que la liturgia es comunitaria, pues está constituida en función de la Iglesia, cuerpo místico de Cristo, en la vida de la Iglesia, cada creyente forma parte fundamental en la unidad de este cuerpo místico. Es el acto litúrgico quien constantemente a través de sus ritos y sus fórmulas nos enseña la importancia de la comunidad, de la cual es expresión y en ella se manifiesta la integridad de toda creatura. Un gran símbolo de la unidad del cuerpo del pueblo santo es el sacrificio eucarístico, en él, se tienen presentes a aquellos que participan en la celebración, pero se recuerda a quienes están fuera del tiempo y del espacio y a su vez a los difuntos. “la liturgia es la gran epopeya de la Iglesia militante, purgante y triunfante” (Righetti, 2013, pág. 48).

En repetidas ocasiones he hablado de la importancia de la conciencia, y aquí surge una vez más, pues cuando comprendemos el sentido comunitario de la acción litúrgica, lejos de privatizar nuestra oración, podemos hacer que ésta pase fronteras tan grandes que verdaderamente se haga partícipe en aquello que profesamos en el credo, la comunión de los santos. Quien es consciente de la importancia comunitaria a la cual conlleva la liturgia, logra entrar en una oración que lo sumerge en una multitud que a su vez y en todo espacio y tiempo eleva una plegaria al Señor, para participar con Él y en Él.

La pedagogía de la Iglesia no enfoca el individualismo, por el contrario, su estructura la lleva a despertar en los fieles un sentido de fraternidad cristiana en la que todos se hacen miembros de una misma familia y nunca están solos, son miembros de la familia de Cristo. Es desde allí, que surge en los fieles el sentido de participar en los actos litúrgicos para mantener su espíritu cristiano, pero esto únicamente se da en el momento que comprendamos que una cosa es orar en común y

otra en comunidad. Todo acto litúrgico trae consigo un carácter público, el cual es celebrado en nombre de la Iglesia y aun cuando la celebración se realice de forma privada o por diversas circunstancias sin la presencia de la asamblea, esta mantiene todo su valor colectivo, pues solo la oración que se hace comunitaria tiene una expresión auténtica.

El Concilio Vaticano II presentó una idea fundamental para la comprensión de la celebración litúrgica, en su propuesta expresa la importancia de la participación de todo el pueblo en la obra de Dios, en la liturgia. Desde el catecismo de la Iglesia Católica podríamos definir la liturgia como el “servicio de parte de y en favor del pueblo” (CEC 1069). ¿En qué consiste esta participación del pueblo? Uno de los grandes errores al buscar esta respuesta suele ser creer que la participación de la asamblea se da por el hecho de que todos asumen una responsabilidad en los diferentes roles que se desempeñan en la vida pastoral, y esto ha sido un vicio que se nos ha adentrado, pasando de la importancia de la interioridad a una interpretación externa que ha desvirtuado precisamente el servicio del pueblo. El papa Benedicto XVI nos dirá que “participación se refiera a una acción principal en la que todos deben tomar parte” (Ratzinger, 2012, pág. 98). Para descubrir cuál es la acción que desempeña el pueblo, partamos de cuál es la verdadera acción en la que todos los miembros de la Iglesia se hacen partícipes.

Profundizar en la liturgia, nos permite dar una respuesta a partir de la cual podemos afirmar la importancia del sentido común. Cuando se habla de la liturgia como una acción del pueblo, estamos haciendo referencia a la importancia de la oración ya que es en la plegaria donde tiene lugar aquello que desde cualquier punto de vista es esencial en la vida cristiana, y desde allí encontramos todo su fundamento. El papa Benedicto XVI coloca un ejemplo claro acerca de la vivencia común, especialmente en la celebración de la palabra, la cual actuando también como sacrificio nos une y nos dirige al Padre:

Nosotros somos la religión espiritual, en la que tiene lugar verdaderamente la liturgia propia de la palabra; ya no se sacrifican carneros o bueyes, sino que la palabra como vehículo de nuestra existencia se dirige a Dios y se une con la palabra por excelencia, con el Logos de Dios, que nos introduce en la verdadera adoración (Ratzinger, 2012, pág. 98)

La palabra oración, en un primer momento no hacía referencia a la plegaria como tal, más aún, ésta señalaba un “discurso público solemne” (Ratzinger, 2012, pág. 98) el cual adquiriría un grado mayor en dignidad ya que era dirigido a Dios, siendo conscientes de que de Él provenía y a Él

debía estar dirigido. Por ello hablar de oración, de plegaria en el lenguaje de hoy, debe permitirnos reflexionar en el hecho de que hablamos de una acción mucho más elevada; en la plegaria donde la acción humana da paso a la obra divina, a la acción de Dios por el pueblo. Es por ello que, en la celebración eucarística, el sacerdote habla en primera persona cuando dice “esto es mi cuerpo” pues su grado de conciencia le permite identificar que ya no habla por sí mismo, si no que por el sacramento recibido en su ordenación sacerdotal se convierte y actúa en la voz de Dios. Partiendo de aquí, es que todos debemos tomar parte en la acción litúrgica, “esto es lo nuevo y lo peculiar de la liturgia cristiana, el hecho de que es Dios mismo quien actúa y que él realiza lo esencial” (Ratzinger, 2012, pág. 99), gracias a la obra de Dios, el hombre tiene acceso a él, puede comunicarse con él personalmente a través de las cosas del mundo, a través de los dones que nos regala.

¿cómo puede el pueblo participar de la acción litúrgica? El hombre, puede hacer parte de la obra divina, ya que Dios se hizo hombre, y a través de su cuerpo se manifiesta de una manera nueva y diferente a nosotros. Todo el gran misterio de la encarnación, su pasión y su muerte en cruz, su resurrección y el anuncio de la parusía son una muestra de que Dios quiere atraer al hombre hacia sí y hacerle su cooperador. ¿cómo se expresa esto en la liturgia? En la oración comunitaria aceptada por Dios, pues es allí en el sacrificio donde el Logos hecho hombre se ofrece y es aceptado siempre, y de nosotros depende pedir que su sacrificio sea el nuestro de tal manera que seamos conformados con él y nos convirtamos en su cuerpo. Desde aquí podemos poner en marcha nuestra peregrinación para insertarnos en la encarnación² y una vez allí resucitemos con Él.

Uno de los grandes problemas que tenemos hoy, especialmente en la Iglesia colombiana ha sido la falta de una formación litúrgico-pastoral, hoy muchas personas creen que a la celebración especialmente de la eucaristía se va a participar, no a celebrar, a un escuchamos frases de con como “voy a oír misa”, que diferente sería si llegáramos a tal grado de conciencia que con convicción dijéramos “voy a celebrar la Eucaristía”, en la participación orante, no hay distinción entre consagrados y fieles laicos; es verdad que hace un momento afirmábamos que dirigir la plegaria en nombre y en la persona de Jesucristo (el Yo de Cristo), lo puede realizar el ministro gracias al

² Concilio de Nicea, año 325: el discurso III, en su enfoque cristológico, expone su doctrina sobre la encarnación... la divinidad del Hijo igual al Padre, y su verdadera encarnación para la salud de los hombres. Muy cercano a la definición del Vaticano segundo en la Dei Verbum al sintetizar las verdades de la fe, “por medio de la revelación Dios quiso manifestarse a Sí mismo y sus planes para salvar al hombre” (DV. 6)

sacramento, pero el solo hecho de participar en esta acción que realiza el Señor mismo nos hace a todos iguales, es allí donde logramos comprender las palabras del apóstol san Pablo a la comunidad de Corintio cuando nos invita a adherirnos al Señor para ser uno solo con Él en un solo Espíritu (1 Cor. 6,17). Hoy debemos superar la tan marcada diferencia entre la acción de Cristo y la acción realizada por nosotros, Cristo nos permite hacernos uno solo con él, un solo cuerpo y un solo espíritu, por eso no es solo su obra, también es nuestra ya que nos permita hacernos partícipes de ella. Aquí está la gran particularidad de la liturgia, “Dios mismo actúa y nosotros somos introducidos en ese actuar de Dios. Todo lo demás es secundario comparado con esto.” (Ratzinger, 2012, pág. 99).

5.3 La liturgia, un solo corazón en la Iglesia

Hemos realizado un recorrido a través de la importancia de la liturgia como acción fundamental en el desarrollo y la vida de la Iglesia; la profundidad de la cual mana el gran misterio de la liturgia nos permite acoger toda su plenitud. Hablar de un solo corazón en la liturgia, refiere a la importancia de la eclesiología que solo puede ser vivida en el compartir del acto celebrativo el cual no puede ser un acto privatizado sino que por el contrario debe ser completamente comunitario, la liturgia invita al hombre a participar en el acto sublime que une el cielo con la tierra pero que no puede ser manifestado de forma particularizada, allí es donde entra a jugar el papel de la unión de corazones, pues es en la liturgia donde toda la asamblea se hace una para participar y adentrarse en la unidad del misterio, el cual jamás estará dividido. Solo de esta manera podremos afirmar que “la liturgia se hace nuestra cuando la celebramos” (Etchegaray, 2009, pág. 117) es en la Iglesia donde la liturgia logra concebir y formar el cuerpo de Cristo. No podemos vivir una celebración litúrgica si no nos dejamos arrastrar por ella, es en la celebración donde se manifiesta la teología de la liturgia, una teología aplicada.

Mal interpretar el sentido de la celebración litúrgica, sería quedarnos en la pobre comprensión de decir que la liturgia se centra en el acto celebrativo, en el rito; la liturgia no se reduce a la celebración, esta va mucho más allá, la liturgia “es celebrada sin cesar junto al Padre por Jesús en el Espíritu Santo, con la asamblea de los primogénitos en el Reino” (Etchegaray, 2009, pág. 119). Si centramos el que hacer litúrgico únicamente en la concepción pobre de lo que se celebra, dejaríamos de lado la importancia que esta hace a través de la historia, pasaría desapercibido que es en ella donde emerge la vitalidad de la Iglesia, lugar al cual el hombre puede acercarse a saciar

su sed. Es en la celebración litúrgica el lugar al cual la asamblea se acerca a calmar sus deseos y recibe gratuitamente la vida; cada momento no se queda recortado en la participación parcial, sino que en un sentido más profundo se prolonga en la economía de la salvación. Toda celebración litúrgica, apunta a un acontecimiento salvífico en el cual Dios se manifiesta en la historia del hombre. La celebración, tiende hacia una liturgia vivida donde cada parte y aspecto debe convertirse en un momento de gracia y es allí donde debemos comprender que el acontecimiento de Cristo se hace manifiesto en medio de la Iglesia reunida, en el aquí y el ahora de la comunidad, pues

la Iglesia que celebra acoge la Liturgia celestial y participa en ella. Se manifiesta así como cuerpo de Cristo y lo llega a ser aún más porque, en el memorial que celebra, el Espíritu la alimenta con el Verbo, transforma en su cuerpo lo que le es ofrecido y difunde su comunión entre los miembros y con todos (Etchegaray, 2009, pág. 121).

Al hablar de la liturgia como un acto comunitario, el cual debe unir los corazones de los hombres en uno solo, tenemos dos opciones, pensar si ese momento celebrativo es eclesial o no lo es. Si no lo es, es momento de cuestionar si acaso se ha perdido la iniciativa del Pentecostés, pues fue allí en el Cenáculo donde el Espíritu hizo de los hombre un solo cuerpo en Cristo, pero aunque decimos que la liturgia no se puede quedar únicamente en la vana concepción de que liturgia es la celebración, quizá pareciera contradictorio porque sin celebración no hay acontecimiento; si la Iglesia olvidase celebrar la liturgia, pasaría a ser un cuerpo sociológico más en el cual aparentemente reside Cristo. Aquí está la profundidad del misterio, ya que la Iglesia gracias al misterio litúrgico, nos adentra a la muerte de Cristo para llevarnos a resucitar con Él, pues el acontecimiento de Cristo se manifiesta a través de la Iglesia y esta a su vez nos lo participa, puesto que allí donde la Iglesia celebra la liturgia, allí está el Espíritu del Hijo.

5.4 La Crisis Litúrgica del siglo XXI

Existe una gran paradoja en el mundo y la vida espiritual hoy, los últimos dos siglos (XX y XXI) se han destacado en la historia de la Iglesia por ser puntos clave en la reforma litúrgica y sacramental; la Iglesia después de grandes esfuerzos comienza a tener luces acerca del descubrimiento de la riqueza espiritual que trae consigo la liturgia cristiana desde sus inicios, y junto a ella la vida sacramental. En nuestro siglo, se ha logrado concebir un pensamiento teológico acerca de los sacramentos de una manera más profunda, pues, aunque ya desde la época de los

padres de la Iglesia se hablaba de los sacramentos, es ahora en el siglo XXI donde dicha teología ha sobresalido y ha logrado un realce mayor, no solo por la administración que ejerce la Iglesia sobre ellos, sino por la concepción y conciencia que la asamblea ha ido adquiriendo poco a poco. He aquí la importancia de una formación para los fieles, solo en el momento que logremos en el pueblo santo una conciencia sacramental aportaremos para que la gracia actúe; uno de los grandes problemas en la concepción sacramental de hoy, ha sido el pensar que los sacramentos son algo mágico, que actúan como un amuleto de suerte o un rito chaman cualquiera, y es aquí donde hemos perdido la oportunidad de formar a los fieles y hacerles partícipes de la gracia que Dios imparte desde los sacramentos y se unan con plena conciencia al cuerpo místico de Cristo que es la Iglesia. Pero estas ideas solo podrían entenderse desde una concepción litúrgica, desde el “trasfondo del movimiento litúrgico y su redescubrimiento de la antigua liturgia cristiana” (Ratzinger, 2012, pág. 139).

Leer esto anterior, podría ser peligroso si nos quedamos únicamente en la idea de que ya todo está hecho, pero no es así. A pesar de que nuestra época ha logrado una renovación no sólo en el ámbito litúrgico, sino que a su vez a buscado transformar el pensamiento de los fieles, aún está pasando un tiempo de crisis; crisis que para el momento histórico actual trae consigo mucho trabajo para poder ser superada. Nos hemos acostumbrado a lo material de las cosas, en el pequeño discurso motivador y en sentimientos vanos y utópicos, hemos perdido el deseo de sorprendernos, de adentrarnos en el lenguaje simbólico, un lenguaje profundo y no funcional, debemos dar lugar a una concepción simbólica que de paso de la realidad a lo eterno. El hombre de hoy solo se ha preocupado por la pregunta acerca de Dios, pero tiene miedo de adentrarse y abrasar su misterio.

Continuando con lo anterior, ¿Qué se entiende por liturgia? ¿Qué sucede cuando se celebra? ¿Cuál es la realidad allí? El cardenal Ratzinger nos propone “entender la liturgia como un juego” (Ratzinger, Introducción al Espíritu de la Liturgia , 2006, pág. 9) ¿por qué esta comparación?, podríamos preguntar, y la respuesta que da el cardenal es muy acertada, “tanto la liturgia como el juego, poseen sus propias reglas y configuran un mundo propio” (Ratzinger, Introducción al Espíritu de la Liturgia , 2006, pág. 9), estas reglas, dan lugar a un obstáculo propio el cual implica un mayor esfuerzo para alcanzar una meta; en este sentido, la liturgia debería despertar en nosotros una actitud auténtica que dé lugar a un deseo por alcanzar la meta señalada, así como el niño o el joven logra una apertura en el juego, el pueblo cristiano debería intensificar su actitud en la liturgia

para desde allí alcanzar la grandeza del ideal teológico capaz de llevarnos a la plenitud, una apertura esperanzadora que nos lleve a experimentar la vida futura, la inmediatez del conocimiento de Dios, y así configurarnos en el encuentro con el otro. Solo así, permitiríamos que, desde una experiencia litúrgica plena, “el cielo envolviera la tierra con su esplendor” (Ratzinger, *Introducción al Espíritu de la Liturgia*, 2006, pág. 10).

El concilio vaticano II, ha realizado un énfasis en la importancia de la participación activa en el acto litúrgico o el culto. Si ésta ha sido la invitación de la Iglesia, ¿Qué ha pasado con esa participación? ¿en qué consiste? Porque hemos hablado de una crisis, en la cual pareciera que no hemos descubierto su punto de quiebre, y no es la primera en la historia de la Iglesia y mucho menos de la reforma litúrgica. Lamentablemente, se ha exteriorizado la concepción de participación activa, uno de los grandes errores ha sido la mentalidad pobre de número de inscritos en la vida cristiana y su participación sacramental que el número de fieles que verdaderamente vivan su cristianismo con dignidad y conciencia. Hablar de participación debe permitir sentirnos vinculados todos, ninguno excluido, donde todos tomemos parte de la acción eclesial; la liturgia no está destinada para aquellos pocos que prestan un servicio activo en los diferentes ministerios y trabajos pastorales, ellos ayudan a dinamizarla. La liturgia está para todo hombre y mujer que quiere tener una experiencia profunda con Dios, en comunidad y desde la Iglesia; la verdadera liturgia no se da en actos superficiales y ritualismos sin sentido, el acto litúrgico se logra en la oración, fuente y cumbre por antonomasia, es allí en la plegaria comunitaria donde se une el corazón de los hombres haciéndose uno solo, es el núcleo fundamental de toda celebración, especialmente en la Eucaristía sacramento de encuentro por excelencia. “la acción en la que propiamente estamos llamados a tomar parte en la liturgia es la actuación de Dios mismo” (Ratzinger, *Introducción al Espíritu de la Liturgia*, 2006, pág. 145) esta actuación se puede verificar a través de la palabra de los hombres, a través de su acción y su vida comunitaria y fraterna. Ésta es la novedad de la liturgia cristiana: Dios es quien actúa. “en la liturgia Dios se vuelve de tal manera accesible, que podemos llegar a una comunión totalmente personal con Él a través de las cosas de la tierra, a través de nuestros dones” (Ratzinger, *Introducción al Espíritu de la Liturgia*, 2006, pág. 145). ¿Cómo es posible esa acción del hombre siendo este un ser limitado, cómo puede participar y cooperar en la obra de un Dios santo? Si comprendiéramos tan solo esto, todo estaría resuelto, pues “el Verbo se hizo Carne y habitó entre nosotros” (Jn. 1,14). Dios se hizo hombre, y no deja de salir a nuestro encuentro. El

gran acontecimiento de la Encarnación y del Kerigma permite al hombre cooperar con Él. Si tan solo comprendiéramos una parte (por más pequeña que fuera) de este gran misterio y de este privilegio, no existiría la crisis litúrgica y eclesial hoy, pues todos seríamos consientes de nuestro lugar en la obra salvífica del Dios Uno y Trino.

5.5 La acción litúrgica, una celebración eclesial

Si vamos a lo tradicional, a lo cotidiano podemos traer a nuestra mente las diferentes celebraciones o reuniones que realizamos en el común. Toda fiesta tiene un conducto regular a seguir -si es posible llamarlo de esta manera- desde el cual se prepara la celebración y se motiva a otros a participar de ella, pues sin invitados y sin su participación no habría fiesta. Lo mismo pasa con la celebración litúrgica, así como en la cotidianidad, todo aquel que tiene un vínculo cercano, una relación de amistad, entre muchas otras características, se reúnen para hacerse uno a través de su presencia física y así hacerse participe de un encuentro festivo. Podríamos destacar en estas reuniones algo particular, la alegría se expresa al momento del encuentro, encuentro con aquel que no veíamos hace mucho tiempo, y con el que ahora queremos compartir nuestra alegría en un compartir fraterno y cariñoso.

Desde esta concepción de fiesta, de celebración festiva y familiar, debe partir la celebración cristiana. Pues su punto central también ha de ser el compartir fraterno y la reunión comunitaria; descubríamos al inicio que uno de los grandes rasgos de la comunidad primitiva estaba enfocado en la reunión común, las comunidades se trasladaban todas a un mismo lugar para allí hallarse y compartir; donde se encontraban los cristianos, en la diáspora, estaban dispersos por el mundo y desde sus lugares buscaban un punto de encuentro para reunirse a compartir y orar, para hacer comunidad; es de aquí de donde nacerá un término que expresara no solo el ser y que hacer de la comunidad cristiana, sino el encuentro continuo en un lugar determinado, dicho termino es conocido como la Ekklesia.

“Todos éstos estaban unánimes, entregados de continuo a la oración junto con las mujeres, y con María la madre de Jesús, y con los hermanos de Él” (Hch. 1,15) Lucas insiste en la reunión periódica en la cual la comunidad compartía su fe, oraban con un solo corazón, partían el pan, y todo lo tenían en común, “Todos los que habían creído estaban juntos y tenían todas las cosas en común” (Hch. 2,44) “Día tras día continuaban unánimes en el templo y partiendo el pan en los hogares, comían juntos con alegría y sencillez de corazón” (Hch. 2,46).

La importancia que la teología litúrgica da a la comunidad, al encuentro fraterno, tiende que entenderse como el fruto del corazón que comprende la necesidad del encuentro y la importancia del otro. La liturgia sólo puede ser celebrada por la totalidad de la asamblea, no se puede particularizar entre el presbítero y sus ministros, como si la asamblea fuese simplemente un grupo de espectadores, la liturgia es un acto en el que deben tener cabida todos, “es obra de todos. Debe intervenir y hacerse responsable la totalidad del grupo” (Borobio, 2006, pág. 209). He aquí pues la afirmación del Vaticano II:

Las acciones litúrgicas no son acciones privadas, sino celebraciones de la Iglesia, que es "sacramento de unidad", es decir, pueblo santo congregado y ordenado bajo la dirección de los Obispos. Por eso pertenecen a todo el cuerpo de la Iglesia, influyen en él y lo manifiestan; pero cada uno de los miembros de este cuerpo recibe un influjo diverso, según la diversidad de órdenes, funciones y participación actual. (SC. 26)

La liturgia es una celebración de la Iglesia reunida, en la cual todos los miembros se implican en la acción. Es interesante ver que en esta reforma litúrgica que se ha tenido, uno de los cambios fundamentales a la hora de hablar de la acción litúrgica refiere al protagonista o a quien encabeza la celebración, el antiguo misal hacía referencia al presbítero como el celebrante, hace ahora una referencia a quien preside la celebración, pues toda la asamblea reunida celebra y tiene participación activa en el misterio. La asamblea litúrgica se ha de comprender como el “sujeto integral de la celebración. La asamblea litúrgica manifiesta el cuerpo de la Iglesia e influye en él” (Borobio, 2006, pág. 210), por ende la comunidad reunida en una misma celebración manifiesta la vida de la Iglesia, es una epifanía, “la principal manifestación de la Iglesia se realiza en la participación plena y activa de todo el pueblo santo de Dios en las mismas celebraciones litúrgicas” (SC. 41)

Desde la perspectiva eclesiológica, sabemos que no es posible separar fe y sacramento, la Sacrosanctum Concilium afirma que “Los sacramentos están ordenados a la santificación de los hombres, a la edificación del Cuerpo de Cristo y, en definitiva, a dar culto a Dios; pero, en cuanto signos, también tienen un fin pedagógico. (SC. 59). El carácter sacramental en la asamblea litúrgica, es signo de la Iglesia, “es su significante concreto en el aquí y ahora de la reunión festiva” (Borobio, 2006, pág. 211) por ello la asamblea se ha de caracterizar por su fe, su apertura a la experiencia, su deseo de reconciliación, y su búsqueda incansable por la santidad.

Entre sus características como asamblea litúrgica, enunciamos en primer lugar la importancia de la comunidad creyente, pues su punto de partida se fundamenta en la fe en Jesucristo, en aquel que se hace presente en medio de los reunidos en su nombre “Porque donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Mt.18,20).

Esta Iglesia de Cristo está verdaderamente presente en todas las legítimas reuniones locales de los fieles, que, unidas a sus pastores, reciben también en el Nuevo Testamento el nombre de iglesias. Ellas son, en su lugar, el Pueblo nuevo, llamado por Dios en el Espíritu Santo y en gran plenitud (cf. 1Ts 1,5). En ellas se congregan los fieles por la predicación del Evangelio de Cristo y se celebra el misterio de la Cena del Señor para que por medio del cuerpo y de la sangre del Señor quede unida toda la fraternidad. En toda comunidad de altar, bajo el sagrado ministerio del Obispo [88], se manifiesta el símbolo de aquella caridad y unidad del Cuerpo místico, sin la cual no puede haber salvación (LG. 26)

Esta fe se ve manifestada en la expresión concreta del pueblo, a través de la lectura de la Palabra, y del sacramento por excelencia, la cual solo es posible en la acogida por el otro; no es posible reconocer a Cristo en medio de nosotros sin percibirlo en el hermano, es en la comunidad donde el otro se hace signo visible del rostro de Cristo. “el rostro del hermano que canta y ora es signo de Cristo presente en la asamblea” (Borobio, 2006, pág. 211).

Podríamos preguntarnos entonces ¿qué me motiva a participar en la reunión común? La respuesta no debería ser difícil de encontrar, pues lo único que me puede motivar a hacerme participe de la asamblea litúrgica es la fe, si esta no existe entre mis motivaciones, no tiene ningún sentido unirme a la celebración, no estaremos participando activamente, ni haciendo parte de un festín maravilloso manifestado en el misterio de Cristo que se hace hombre para quedarse con nosotros, no tendríamos un papel a jugar en la fiesta convocada por la liturgia y es precisamente por esto que no hemos comprendido el sentido de la celebración litúrgica, porque la hemos particularizado a nuestra medida olvidando que solo es posible dar vida a la liturgia y a la Ekklesia en comunidad, allí es donde se hace plena la Hierofanía de un Dios con nosotros.

La comunidad debe estar abierta a la experiencia, en la cual manifieste su universalidad expresada en el amor del Padre y de su entrega amorosa por la salvación. La comunidad litúrgica no puede estar seccionada por culturas, elites, espiritualidades, la liturgia no puede ser selectiva pues en la Iglesia todos tienen cabida; “Por esta razón hay muchos débiles y enfermos entre vosotros, y muchos duermen” (1Cor. 11,30) la liturgia la conforman todos, y en ella se debe

manifestar que “la Iglesia es ese pueblo nuevo de Dios que reúne a los hombres por encima de lo que les separa” (Borobio, 2006, pág. 213) es la Iglesia el espacio Teológico donde Cristo reconcilia al mundo y les hace “un corazón y un alma” (Hch. 4,32).

El Vaticano II, desde la constitución *Sacrosanctum Concilium*, afirma que la liturgia es el culto público, el cual se hace integro a través de la participación de la cabeza de Cristo y sus miembros, es el ejercicio del sacerdocio de Cristo, obra por la cual Dios es glorificado y santifica a los hombres, y en este sentido también nos dice que el fin último de la liturgia es “dar culto a Dios” (SC. 59) y junto a esta glorificación, dar parte a la “santificación de los hombres en Cristo (SC. 10), de aquí podemos desprender que la liturgia en sí es de naturaleza pastoral, ya que en ella se realiza la obra de Cristo.

Es necesario retomar la importancia de la participación activa de la asamblea tal como lo dijo el papa Pio X en el año 1903, en su motu proprio *Tra le Sollecitudini*, donde manifiesta que la participación activa en los sagrados misterios y en la oración solemne y publica de la Iglesia es la fuente indispensable de todos los fieles. Su mismo sentido y pastoral, lo retomó Pio XI en la *Divinis Cultus* del 20 de diciembre de 1928 donde instruye que es necesario que los fieles no participen de los actos litúrgicos como extraños o simplemente espectadores, sino que mejor aún, movidos por la solemnidad y la belleza de la liturgia participen de lo sagrado.

Esta tradición se resaltó siempre en el gran celo por la liturgia de aquellos que llevaron el nombre de Pio durante su pontificado, el papa Pio XII, en su encíclica *Mediator Dei*, también expresa su sentir por el culto eucarístico:

Conviene, pues, venerables hermanos, que todos los fieles se den cuenta de que su principal deber y su mayor dignidad consiste en la participación en el sacrificio eucarístico; y eso, no con un espíritu pasivo y negligente, discurriendo y divagando por otras cosas, sino de un modo tan intenso y tan activo, que estrechísimamente se unan con el Sumo Sacerdote, según aquello del Apóstol: “Habéis de tener en vuestros corazones los mismos sentimientos que tuvo Jesucristo en el suyo”; y ofrezcan aquel sacrificio juntamente con El y por El, y con Él se ofrezcan también a sí mismos. (MD. 99)

Y finalmente es la *Sacrosanctum Concilium* quien motivara a una participación plena y consciente de las celebraciones litúrgicas. Hoy más que nunca la liturgia y la pastoral litúrgica,

debe fomentar el deseo por conocer la importancia y el sentido de los signos y los gestos litúrgicos por medio de la catequesis, como un compromiso entre la vida, la misión y la liturgia. ¿porqué para muchos se puede tonar aburridor el hablar de liturgia hoy? Por qué se han quedado en que la liturgia es simplemente el rito, y no han descubierto el verdadero misterio.

5.6 La importancia del Misterio

La palabra misterio, viene a ocupar un papel muy importante dentro de la liturgia, lo podemos descubrir así en la sacrosanctum Concilium al hablar de la obra salvadora realizada por Cristo: “Por este misterio, “con su Muerte destruyó nuestra muerte y con su Resurrección restauró nuestra vida. Pues el costado de Cristo dormido en la cruz nació el sacramento admirable de la Iglesia entera”” (SC. 5), y más adelante afirma: “la Iglesia nunca ha dejado de reunirse para celebrar el misterio pascual” (SC. 6).

En el desarrollo de la liturgia, es posible proponer una ruta de reflexión que nos ayude a descubrir una unidad teológica a la luz de la historia de la salvación y del misterio de Cristo. La reforma litúrgica ha tenido como principal objetivo la concelebración de la liturgia por parte de la asamblea creyente, de aquí que la liturgia es acción sagrada de la Iglesia, y es aquí donde la Iglesia congregada como cuerpo de Cristo, celebra comunitariamente los misterios salvíficos de Cristo Redentor y se hacen partícipes de estos misterios.

La liturgia parte de un presupuesto fundamental, no podemos hablar o practicar la liturgia y el rito separándolos del misterio, y no podemos contemplar el misterio sin acudir al rito litúrgico. Los dos se complementan y permiten la disposición del corazón en la unidad y empatía del uno con el otro. Hablar de misterio aquí, es hacer referencia a plenitud de la persona de Cristo, pues el misterio de Cristo es la síntesis de toda la obra del Padre realizada en el Hijo para nuestra salvación. El cristianismo no es una simple expresión que nos marca o representa en el mundo, pues en el momento que logramos contemplar el misterio, ese día seremos Evangelios de Cristo, pues en el encuentro de la Iglesia redimida por el amor del Padre que ofreció en su totalidad a su Hijo nos hacemos una misma asamblea que ora, que contempla y que participa del misterio salvífico manifestado y conmemorado a diario en la liturgia.

Cuando logremos comprender la importancia del rito y de su adhesión al misterio, podremos contemplar con ojos nuevos la importancia de la liturgia como el punto de partida del

acontecimiento salvífico de Cristo, puesto que la liturgia no es una simple institución dada por Cristo y ejercida por la Iglesia, la liturgia es la continuación del ritual del misterio de Cristo.

Conclusiones

En este recorrido, hemos introducido con la afirmación de que la Iglesia en los primeros siglos estuvo en un periodo de improvisación, es así como a lo largo de la historia la liturgia paso por muchos momentos difíciles a lo largo de la tradición debido a que parecía que tenía que adaptarse a cada momento y circunstancia de la historia. En esta reflexión podemos partir por concluir con una primera afirmación que considero importante: la liturgia está llamada a ser la fuente de la vida espiritual del cristiano. En los comienzos de la Iglesia la liturgia y la espiritualidad cristiana estaban íntimamente unidas (Augé, 1997), pero poco a poco se fueron separando, la celebración de los sacramentos de iniciación y especialmente la eucaristía acompañados por la oración litúrgica eran la esencia de la vida espiritual de la primeras comunidades cristianas. Uno de los hechos a resaltar en la vida de los primeros cristianos, fue la importancia que estos dieron a la vida comunitaria, aunque no tenían la celebración del sacramento eucarístico a diario, se reunían todos los días y en diferentes momentos para orar en común. Así que la eucaristía y la oración comunitaria nutrían al pueblo de Dios enfrentándose a las problemáticas de persecución, desde la cual la Iglesia de los primeros siglos tuvo que luchar para llevar a buen término la gran tarea de evangelizar al mismo tiempo que era perseguida y es esa espiritualidad la que le permite dar pie a la liturgia para resistir a la persecución, pero a su vez realizar la obra de la evangelización.

En la edad media, podríamos decir que se da una ruptura entre la liturgia y la vida espiritual; esto se da por la privatización de la celebración de la eucaristía pues ésta quedaría únicamente en manos de los sacerdotes y la liturgia de las horas pasaba a manos de monjes y algunos clérigos. Cuando los fieles se ven alejados de la acción litúrgica, buscan confortar su espiritualidad con otras prácticas o lugares. El pueblo pasa aquí a vivir su espiritualidad desde la devoción popular. Este suceso dado a mediados del siglo VIII aproximadamente, llevara a comprender la liturgia como un culto público que había que cumplir para no romper la relación con Dios, pero lamentablemente poco a poco dejaba de ser lo central y lo fundamental en la vida de los fieles, la participación en la liturgia eucarística se convertía en un mandamiento o requisitos en la vida del pueblo de Dios.

Sobre los siglos XIX y XX, surge en la Iglesia el movimiento litúrgico, movimiento que se da como respuesta a la ruptura de entre la liturgia y la vida espiritual. Es de rescatar que aquí se reconoce la importancia de la vida litúrgica en la historia de los primeros cristianos. Es en el siglo XX donde se logra descubrir una vez más la importancia de volver a la liturgia como la fuente

fundamental de la vida espiritual. Antes de la reforma del concilio Vaticano II, la celebración de la Eucaristía era un acto dado y realizado únicamente por el celebrante (clérigo), el papel de la asamblea reunida era unirse al ofrecimiento que el sacerdote realizaba, la lengua, los textos y la privatización hacia que la comprensión del gran misterio que se hacía vivo y eficaz en el altar fuera difícil de contemplar, de aquí el surgimiento de devociones populares, todos hemos escuchado que en el desarrollo de la celebración los fieles rezaban el rosario, novenas o diferentes actos de piedad con los que se unían al acto sublime que en el altar se realizaba y que desde su humildad y poco conocimiento los fieles querían adherirse al gran misterio. El lenguaje de la campana lograba conectar a los fieles reunidos para detener sus actos de piedad y se unieran al momento central de la eucaristía.

Podemos resaltar la importancia que da el Papa Pio XII a la eucaristía cuando habla de la participación de los fieles en la Eucaristía,

No pocos fieles cristianos son incapaces de usar el “Misal Romano”, aunque esté traducido en lengua vulgar; y no todos están preparados para entender rectamente los ritos y las fórmulas litúrgicas. El talento, la índole y la mente de los hombres son tan diversos y tan desemejantes unos de otros, que no todos pueden sentirse igualmente movidos y guiados con las preces, los cánticos y las acciones sagradas realizadas en común. Además, las necesidades de las almas y sus preferencias no son iguales en todos, ni siempre perduran las mismas en una misma persona. ¿Quién, llevado de ese prejuicio, se atreverá a afirmar que todos esos cristianos no pueden participar en el sacrificio eucarístico y gozar de sus beneficios? Pueden, ciertamente, echar mano de otra manera, que a algunos les resulta más fácil: como, por ejemplo, meditando piadosamente los misterios de Jesucristo, o haciendo otros ejercicios de piedad, y rezando otras oraciones que, aunque diferentes de los sagrados ritos en la forma, sin embargo, concuerdan con ellos por su misma naturaleza. (MD. 133).

Por tanto, para el para el Papa Pio XII la importancia de los fieles en la participación litúrgica derivaba de diferentes circunstancias, por eso ellos desde su deseo de unirse al misterio de Cristo buscaban la manera de contemplarlo desde sus misterios.

El gran giro de la liturgia lo dará el Concilio Vaticano II, con su constitución *Sacrosanctum Concilium*, el cual enfatiza la importancia de la comprensión cristiana y ve como fundamental lograr redescubrir la liturgia como la base fundamental de la espiritualidad; parte fundamental para

la comprensión y la unión de la asamblea con el ministro no solo se da por la facilidad de la lengua sino por la claridad ritual a la hora de celebrar los sacramentos

En esta reforma, los textos y los ritos se han de ordenar de manera que expresen con mayor claridad las cosas santas que significan y, en lo posible, el pueblo cristiano pueda comprenderlas fácilmente y participar en ellas por medio de una celebración plena, activa y comunitaria (SC. 21)

¿Qué es importante para comprender la liturgia hoy? la respuesta nos la da el Vaticano II, la participación de los fieles. “Mas, para asegurar esta plena eficacia es necesario que los fieles se acerquen a la sagrada Liturgia con recta disposición de ánimo, pongan su alma en consonancia con su voz y colaboren con la gracia divina, para no recibirla en vano” (SC. 11).

La asamblea no asiste como un ente pasivo dentro de la celebración, todos tienen una participación activa en la misma, todos participamos, aunque no todos intervengamos. De aquí la importancia que la disposición de la que nos habla el Sacrosanctum Concilium, permita que la celebración litúrgica penetre en lo profundo de quienes allí participan. Por tanto

La Iglesia, con solícito cuidado, procura que los cristianos no asistan a este misterio de fe como extraños y mudos espectadores, sino que comprendiéndolo bien a través de los ritos y oraciones, participen conscientes, piadosa y activamente en la acción sagrada, sean instruidos con la palabra de Dios, se fortalezcan en la mesa del Cuerpo del Señor, den gracias a Dios, aprendan a ofrecerse a sí mismos al ofrecer la hostia inmaculada no sólo por manos del sacerdote, sino juntamente con él, se perfeccionen día a día por Cristo mediador en la unión con Dios y entre sí, para que, finalmente, Dios sea todo en todos (SC. 48).

¿cómo lograr generar un impacto desde la liturgia en la vida de la Iglesia? Formando a nuestros fieles para que ellos puedan entrar en sintonía mediante los ritos y las oraciones con el misterio que se celebra. El error ha estado no en lo que decimos y lo que hacemos, el error está en que no hemos enseñado el valor verdadero y el sentido de la celebración y lo que allí se realiza. Nuestra liturgia debe llevarnos a participar no de una simple dramaturgia sagrada, sino de adherirnos plenamente al misterio. Esto únicamente se da cuando comprendamos la importancia de la vida comunitaria dentro del actuar litúrgico y cotidiano de nosotros como cristianos. No podemos continuar celebrando los misterios sin comprender el verdadero sentido y la profundidad de aquello que sucede gracias al acto litúrgico por medio del cual Cristo se hace presente y se manifiesta en medio de nosotros.

Hablar de liturgia hoy, no puede quedarse en una simple comprensión de hacer sino de vivir. Cristo se nos ha dado y la Iglesia a través de la liturgia nos hace partícipes del gran misterio de la salvación, pues la liturgia inicia en el memorial de la encarnación de Cristo que se hizo hombre y prolonga su obra salvadora hasta que nos unamos a Cristo sacramento del Padre.

Si queremos que la liturgia genere un verdadero impacto en la vida de la Iglesia, es tiempo de abrir las puertas de par en par para lograr una vinculación y una participación activa y completa por parte de los laicos, solo cuando logremos descubrir la importancia de la acción comunitaria dentro de la contemplación del Misterio magnífico de Cristo en su encarnación, pasión, muerte, resurrección y el regalo más grande como lo fue su entrega bajo el gran misterio del pan y el vino, solo allí daremos cabida a un misterio hierofánico en medio de nosotros; la liturgia debe ser la oportunidad para que el hombre una junto a sus hermanos el corazón para lograr percibir y unir también el cielo con la tierra.

La liturgia debe conducir al pueblo hacia Cristo y aún más, consévalo en Cristo; el centro fundamental de la liturgia lo hallamos en el sacrificio del altar, por tanto, éste debe ser el lugar principal donde el hombre se encuentre con su creador. No se trata de una reunión o un encuentro cualquiera, dicho encuentro debe partir de la experiencia interior del hombre.

Mientras el hombre no esté dispuesto a compartir su sentimiento en una misma dirección seguiremos ampliando la historia de la liturgia misma y muy poco profundizaremos en el misterio que ella tiene para nosotros. Si queremos un impacto verdadero desde el quehacer litúrgico, enseñemos a amar la comunidad; en la experiencia de los apóstoles, todo lo tenían en común y se hacían partícipes los unos en los otros, esto permitió la perseverancia de la Iglesia primitiva, porque comprendieron que la manifestación de Cristo se da allí donde hay “dos o más reunidos en su nombre” (Cf. Mt 18,20) por ello el fruto mismo de la liturgia debe ser la vida comunitaria, por la cual podríamos afirmar que es allí donde se logra la plenitud de la misma.

Referencias

- Augé, M. (1997). *Liturgia Historia Celebracion Teología Espiritualidad*. Barcelona. Biblioteca Liturgica.
- AUGÉ, M. (1997). *Liturgia Historia Celebracion Teología Espiritualidad*. Barcelona. Biblioteca Liturgica .
- Biografías y Vidas*. (15 de octubre de 2018). Obtenido de La Enciclopedia Biográfica en Línea: <https://www.biografiasyvidas.com/biografia/t/tertuliano.htm>
- Borobio, D. (1994). *La Celebracion de la Iglesia II*. Salamanca. Sigueme.
- Borobio, D. (2006). *La Celebracion en la Iglesia*. Salamanca. Sigueme.
- Borobio, D. (2006). *La Celebracion en la iglesia i. liturgia y sacramento fundamental*. Salamanca. SIGUEME.
- Borobio, D. (2006). *La celebracion en la Iglesia Liturgia y Sacramento Fundamental*. Salamanca. Sigueme.
- Burggraf, C. I. (2014). *Diccionario de Teología*. Pamplona. EUNSA.
- caminos, E. t. (2002). *José Aldazábal*. Barcelona. Centre de Pastoral Litúrgica.
- Cuevas, M. D. (24 de febrero de 2015). *Historiador Contemporaneo*. Obtenido de La Didaché y comentarios del texto: <http://historiadormichael.blogspot.com/2015/10/la-didache-y-comentarios-del-texto.html>
- Equiza, J. (2002). *10 palabras clave sobre secularizacion*. Pamplona. verbo Divino.
- Equiza, J. (2002). *10 Palabras clave sobre secularizacion*. Navarra. Verbo Divino .
- Etchegaray, R. (2009). *LITURGIA FONTAL Misterio Celebracion-vida*. Madrid. Palabra.
- Fitzgerald, A. (2001). *Diccionario de San Agustín* . España. Monte Carmelo.
- Garrido, J. A. (2007). *Iniciación a la Liturgia de la glesia*. Madrid. Pelicano.
- Icergua. (15 de 10 de 2018). *La Litúrgia Cristiana en sus primeros Siglos*. Obtenido de Icergua 2 - Documento 04. <http://www.icergua.org/latam/pdf/11-primersemestre/11-01-3-4pt2-eb1/doc4.pdf>
- José Antonio Abad, & Manuel Garrido. (2007). *Iniciación a la Liturgia de la Iglesia*. Madrid. Pelicano.
- Maldonado, L. (1999). *El sentido litúrgico Nuevos paradigmas*. Madrid. PPC.
- Marsili, S. (2002). *La teologia della Liturgia nel Vaticano*. Génova. Marietti.

- Martínez, J. P. (2017). *La liturgia, camino y hogar de interioridad. Una reflexión con ocasión de los cincuenta años del Concilio Vaticano II*. Roma.
- Miquel, G. R. (2013). *Introducción a las Liturgias Occidentales no Romanas*. Roma. Edizioni Liturgiche.
- Moncada, J. S. (25 de Julio de 2011). *Sistema de Información Científica*. Obtenido de Red de Revistas Científicas de América Latina y el Caribe, España y Portugal. <https://www.redalyc.org/html/342/34223328009/>
- Pecklers, K. (2012). *Atlas Histórico de la Liturgia*. Madrid. San Pablo.
- Ratzinger, J. (2006). *Introducción al Espíritu de la Liturgia*. Bogotá Colombia: San Pablo.
- Ratzinger, J. (2012). *Teología de la Liturgia*. Madrid. BAC.
- Restrepo, R. T. (Enero-Julio de 2015). *Cuestiones Teológicas*. Obtenido de ISSN 0120-131X | Vol. 42 | No. 97 : <http://www.scielo.org.co/pdf/cteov/v42n97/v42n97a01.pdf>
- Righetti, M. (2013). *Historia de la Liturgia*. Madrid. BAC.
- Righetti, M. (2013). *Historia de la Liturgia I*. Madrid. Biblioteca de Autores Cristianos (BAC).
- SCRIB. (13 de Marzo de 2019). Obtenido de <https://www.scribd.com/document/275165130/Texto-sobre-la-Eucaristia-San-Justino-pdf>
- XVI, B. (6 de mayo de 2011). *Discurso del santo padre Benedicto XVI al instituto litúrgico pontificio san Anselmo*. Obtenido de http://w2.vatican.va/content/benedict-xvi/es/speeches/2011/may/documents/hf_ben-xvi_spe_20110506_sant-anselmo.html

Anexos

Anexo 1. Estado del arte

Autor	Título	Descripción	Resumen
Esteban Jacob Miuses Narvaez	La Eucaristía, su significado y reflexiones para mejorar la convivencia de la comunidad parroquial del señor de los milagros.	Trabajo para obtener el título de Licenciado en teología. Universidad de San Buenaventura. Facultad de teología, Bogotá, 2010	La Eucaristía es el centro y la cima de toda actividad cristiana, que aspira vivir conforme a los mandatos evangélicos de Jesucristo. La comunidad parroquial ve en el banquete Eucarístico la fuerza espiritual que le permite vivir mejor; Dios está presente en las especies del pan y el vino, que, con la comunión, él es parte de su pueblo y éste de él.
Nazario De Jesús Villarreal De Alba	La liturgia eucarística como pedagogía de la fe análisis propositivo de la liturgia eucarística como pedagogía de la fe en el contexto del sínodo de obispos sobre la nueva evangelización para la transmisión de la fe	Trabajo de grado para optar por el Título de licenciado en teología. Pontificia Universidad Javeriana. Facultad De Teología, Bogotá, 2013	La Eucaristía centro de toda la vida cristiana, es el primer tópico que se obtiene de la lectura crítica de los documentos del Concilio Vaticano II. el centro de la vida cristiana está en la celebración de la Eucaristía de acuerdo con las normas litúrgicas establecidas por la Iglesia, esto es, signo de la unidad eclesial. La Eucaristía en cuanto celebración de la Iglesia, encierra en toda su comprensión teológica dos elementos, según las reflexiones de los padres conciliares. En cuanto sacramento, como primer elemento, está ordenada a procurar la glorificación y alabanza de Dios y la santificación de los hombres. Por otra parte, como segundo elemento, en cuanto signo, encierra en sí un carácter pedagógico, por lo que manifiesta, por medio de sus símbolos, ritos y gestos,

			la obra de la Salvación a los hombres.
Luis Enrique Poitevin Paz	La Eucaristía fuente y centro de la salud corporal según 1 de corintios 11,30	Trabajo de grado para obtener el Título de Licenciatura en Teología. Universidad Rafael Landívar. Guatemala, 2012	la Eucaristía debe ser un acto hecho en “comunidad”, un acto que requiere de un “discernimiento” en cuanto si la persona está en paz consigo misma y especialmente con su prójimo, si no es así, deberá pedir perdón a Dios y reconciliarse a sí misma y con su prójimo, luego, si, y solo si se cumplen esas condiciones de reconciliación, podrá participar en forma correcta de la Eucarística, en el Pan y el Vino.
Oscar Javier Montanez Blanco	El teólogo como liturgo de la historia de su pueblo.	Trabajo de grado para obtener el título de licenciatura en Teología. Pontificia Universidad Javeriana. Bogotá, 2011	Más allá de una visión sociológica de la capacidad celebrativa del hombre se enmarca la dimensión sacramental de su vida. Esta perspectiva, perfilada desde una concepción histórica diferente y que nace en ambiente judío con el ideal del memorial pascual, es potencializada por la perspectiva cristiana cuando habla de sacramento. Entonces, el tiempo es integrado dentro de un presente que hace memoria (recuerda), un presente que se celebra (actualiza) y un presente que se proyecta hacia el futuro (pronostica). Del mismo modo, el espacio es integrado más allá de una visión dualista que divide y determina: ¿esto es sagrado y eso es profano!

Orlando José Castro Bustillo	La eclesiología de la comunión y su aporte a la pastoral parroquial	Trabajo de Grado para Obtener título de licenciatura en Teología. Pontificia universidad Javeriana. Bogotá, 2014	La parroquia como fundamento de una eclesiología de comunión, debe promover un mensaje cristológico, puesto que se produce el acceso a Dios por la mediación establecida en y por Cristo. El verdadero sentido del ser eclesial en la pastoral se da en la comunión que se construye en la vida parroquial, en los grupos pastorales y en los diversos contextos sociales a los cuales la Iglesia es una voz profética, liberadora, solidaria y de encuentro con aquellos que necesitan una palabra de esperanza, de amor, de caridad, y de un evangelio incluyente que dé sentido a la vivencia de la comunión eclesial en la actualidad.
Fernando Berríos	La liturgia en el Concilio Vaticano II: bases, repercusiones y desafíos de una reforma	Facultad de teología, Pontificia universidad católica de Chile, 2014	En la concreta vida de la Iglesia la reforma de la liturgia, sobre todo en lo que respecta a la celebración de la Eucaristía, ha impactado de un modo especial. Pero no ha sido unánime la evaluación de dicho impacto.
Guadalupe Tamayo	Arquitectura Litúrgica. La Iglesia Abacial de Güigüe como caso de estudio: Elementos, componentes y relaciones según los postulados del Concilio Vaticano II	Tesis Para obtener el Título como Doctor en Arquitectura. Universidad central de Venezuela. Caracas, 2012	¿Qué es la Liturgia y por qué tiene implicaciones en la arquitectura? la Liturgia es la oración pública de la iglesia y esta tiene una estructura, una forma preestablecida. La Liturgia es potestad de la Iglesia y de la Santa Sede y en ningún caso puede ser cambiada por alguna persona... La Arquitectura no es sólo producto de un arquitecto, es el resultado de la fricción con la realidad, con los requerimientos de una cultura o sociedad.